

ALEMANIA.

SUMARIO.

Salida de Inspruck del Emperador.—Contestacion de éste á la Asamblea.—Entrada del mismo en Viena.—Discurso del presidente de la Dieta.—Efecto de las victorias de Radetzky en el imperio austriaco.—Proclama del Emperador.—Proyecto de constitucion.—Division del gabinete austriaco con motivo de los asuntos de Italia.—Situacion de Berlin.—Entrevista en Colonia del rey de Prusia, con sus hijos, el Vicario del Imperio, y otros varios soberanos de Alemania.—Efectos que debió producir esta entrevista.—Brindis en la fiesta de Colonia.—Carta del rey de los belgas.—Indecision del rey de Hannover.—Temores de la continuacion de la guerra entre Prusia y Dinamarca.

CONFEDERACION GERMANICA.

Grande era la incertidumbre que reinaba en Inspruck en los primeros dias de agosto, á consecuencia de la anunciada salida del Emperador, ignorándose por entonces el punto á donde pensara dirigirse. Cesó bien pronto sin embargo la ansiedad al tenerse conocimiento de la contestacion que dió el mismo Emperador á una comision de la Asamblea:

«Tengo un placer en recibiros, señores diputados de la Dieta constituyente. Deseando como siempre el bien de mis estados, corresponderé gustoso á los deseos que me manifestais en nombre de vuestros comitentes, volviendo á mi capital á pesar de que mi salud no se halla enteramente restablecida.

«Pienso ponerme en camino para Viena con el fin de volver á ver á mis leales austriacos el 8 del corriente agosto: haré pequeñas jornadas, pues que lo exige así el estado de mi salud. Recibo con la mayor complacencia la expresion de vuestros fieles sentimientos.»

Verificóse en efecto la entrada del Emperador en la capital el 12, dirigiéndose inmediatamente á su palacio de Schoembrun, y en su tránsito por la ciudad fué saludado y aclamado con las mayores de-

mostraciones de júbilo y entusiasmo por todo el pueblo de Viena. Varias diputaciones se presentaron en seguida á felicitar á S. M. por su anhelado regreso, entre ellas una de la Asamblea nacional; y por último, introducido á presencia de S. M. por el ministro Boblhoff el doctor Schmill, presidente de la Dieta, pronunció este notable discurso que fué acogido por todos los circunstantes con grandes muestras de aprobacion, y al cual contestó el Emperador todo conmovido en los términos mas afectuosos.

«Señor: en nombre de la Asamblea nacional, en nombre de todos los pueblos de la monarquía representados por ella, saludo con placer á V. M. en el palacio de vuestros escelsos antepasados, como gefe de la transformacion constitucional, efectuada por la benévola palabra de V. M. Hoy la gran palabra imperial ha venido á ser una sagrada verdad y un hecho feliz.

«El gozo que manifestaba el pueblo por el regreso de su querido soberano, demuestra tambien la vuelta de la confianza, de la tranquilidad y el orden, que son las bases mas firmes y seguras de una nueva vida llena de actividad. Pero la Asamblea nacional considera como un deber íntimamente ligado á sus tareas parlamentarias, y en su calidad de representante de los pueblos libres de la monarquía constitucional, el sostenimiento de la sagrada inviolabilidad del trono constitucional, con la misma firmeza que su propia existencia y dignidad. El regreso de V. M. á esta ciudad donde se encuentran los representantes del pueblo reunidos en Dieta, es para nosotros una garantia de que la Constitucion liberal y nacional emanará de los sentimientos que animan al emperador de Austria, la que encontrará en el trono constitucional su fuerza y su desenvolvimiento.

«Austria se agrupa alrededor de su emperador, y Austria espera su felicidad. ¡Salud y honor al amado Fernando, primer emperador del pueblo austriaco libre! ¡Salud y honor á su noble y fiel esposa nuestra augusta emperatriz! ¡Salud á la casa imperial constitucional de Austria.»

Las recientes victorias del mariscal Radetzky en Italia contribuian tambien extraordinariamente á aumentar la alegría que reinaba en la mayor parte de las poblaciones del imperio austriaco, empezándose á notar con este motivo en algunos puntos, y principalmente en Cracovia, ciertas demostraciones de marcadas tendencias reaccionarias.

Firme el Emperador en proseguir una marcha enteramente constitucional, al día siguiente de su llegada á Viena publicó la proclama siguiente:

A MIS FIELES VIENESES.

«El día de ayer, en que al volverme á colocar en medio de vosotros,

he recibido los mayores testimonios de vuestro antiguo é inalterable amor, no podrá ser olvidado nunca ni por mí, ni por ningun otro miembro de la familia imperial. ¡Ojalá que pueda brillar eternamente en la historia de la patria como el día de una alianza entre un pueblo libre y su emperador constitucional! ¡Ojalá que puedan tambien reinar en adelante la paz, la buena inteligencia, el órden y la legalidad, para que la construccion del estado constitucional prospere y se fortifique bajo su proteccion para el bien de todos los pueblos del Austria, de concierto con los representantes que ellos han elegido! Y yo, con el auxilio de mis consejeros responsables, espero terminar gloriosamente el difícil deber que me ha impuesto la Providencia, la nueva constitucion del país.»

No se descuidaba en efecto la Asamblea nacional alemana en proseguir constantemente la importante obra de su regeneracion política, y continuaba discutiendo el proyecto de los derechos fundamentales del pueblo alemán, habiendo aprobado en la sesion del día 18 los dos párrafos siguientes :

§. 9. Queda garantido el secreto de la correspondencia pública, y las cartas y pliegos no podrán ser abiertos sino en virtud de una órden del tribunal competente.

§. 10. Todo alemán tiene derecho á emitir libremente sus opiniones ya de palabra ó por medio de la imprenta ó del grabado. La libertad de la imprenta no puede ser restringida, suspendida, ni suprimida en ninguna circunstancia, ya sea por la censura, por concesiones y privilegios, por la tasa, ya por dificultades, suscitadas á los impresores y libreros, ya por restricciones en el envio de los correos y otros obstáculos en la libertad de comunicaciones. Los delitos de imprenta serán juzgados por el jurado con arreglo á la ley que promulgará el poder central.

Mientras tanto, sin embargo, tenia cada vez mas ocupados los ánimos en Viena la cuestion italiana, hallándose bastante dividido el gabinete en cuanto á la futura suerte de este país. Unos ministros opinaban por la conservacion á todo trance del antiguo territorio del reino Lombardo-Veneto reconquistado nuevamente, mientras que otros eran de parecer que debia hacerse algun sacrificio halagando de este modo á la Francia y evitando quizá al propio tiempo la guerra europea.

No presentaba la situacion de Berlin el aspecto mas satisfactorio, pues continuaban siempre las interminables disputas y los frecuentes y graves choques entre el ejército y el pueblo, sobre la cuestion de la union alemana, sin que el gobierno, cuyas tendencias eran evidentemente contrarias á ella, se atreviera á decidirse por ninguno de los dos partidos. La entrevista que con motivo del jubileo para la consagracion de la catedral de Colonia tuvieron en esta ciudad el rey de Prusia con los príncipes sus hijos, el Vicario general del imperio y otros

varios soberanos de diferentes estados de Alemania, debió producir, á no dudarlo, ventajosos resultados en favor de la grande obra de la union alemana.

A pesar de los grandes esfuerzos que en Berlin hacia el partido reaccionario para que abdicase Federico Guillermo en favor de su hijo y heredero, á quien el ejército y los empleados consideraban mas apto para restaurar la monarquía, las palabras del Rey de Prusia y del Vicario del imperio, y la estrecha cordialidad que reinó entre ambos en la gran solemnidad de Colonia, no parecia que dejaban duda acerca de una sincera é íntima amistad y union. Asi lo esplican á lo menos los dos siguientes brindis del Rey y el Vicario en el banquete celebrado con motivo de esta fiesta.

«Mi brindis, dijo el primero el rey de Prusia, es para un alemán, uno de los amigos fieles y experimentados, el hombre de vuestra confianza, que posee tambien toda la mia y mi corazón, que nos dé pueblos libres y unidos; que nos dé príncipes libres y unidos. Al archiduque Juan: al Vicario del imperio.»

El Vicario del imperio contestó en estos términos:

«Al príncipe que acaba de brindar: al Rey de Prusia. Que Dios le conserve largo tiempo, y que nuestra union, nuestra perseverancia sea tan firme como la catedral de Colonia.»

S. M. el Rey de los belgas que habia sido invitado á esta brillante fiesta, manifestó el sentimiento que le causaba no poder asistir á ella, por medio de la siguiente carta:

«No puedo por menos de dirigir escrita de mi propia mano, una carta á los miembros de la sociedad para la conclusion de las obras de la catedral, á fin de manifestarles mi profundo sentimiento por impedirme obstáculos imprevistos aceptar vuestra invitacion concebida en los términos mas benévolos y lisongeros. ¡Ojalá esa reunion, á la que con el mayor gusto hubiera asistido, sea una base firme para la unidad de un pueblo noble y poderoso al que me considero dichoso de pertenecer! Somos vecinos muy próximos, y estoy muy reconocido á la amistosa acogida que siempre me han hecho en los pueblos rinianos.

«Mientras plazca á la Providencia dejarme la direccion de nuestro buen país, espero que nuestras obras serán constantemente útiles y buenas. La legalidad mas concienzuda y la mas completa seguridad en union con la libertad real mas amplia, reinan en nos.

«A la reiterada expresion de mi sentimiento, por verme impedido de asistir á vuestra fiesta, tengo que unir la manifestacion de mi gratitud á los miembros de la sociedad que ha llevado á efecto la terminacion de la grande obra de la catedral.

«Bruselas 13 de agosto de 1848.—LEOPOLDO.»

Al paso que el Rey de Prusia trataba de cimentar en su reino los principios de la union, el de Hannover, aunque habia dispuesto que su ejército adoptase los colores nacionales, pensaba contentarse con esto, pero no queria que sus tropas prestasen homenaje al archiduque Juan.

Continuaban mientras tanto los prusianos avanzando hácia Konigsan en el ducado de Schelwig, Dinamarca, y aunque se habia vuelto á hablar de un próximo armisticio, las noticias del Norte revelaban la continuacion de la guerra. Habia no obstante pasado á Stockolmo el general Below con ámplios poderes del rey de Prusia, á fin de negociar un tratado de paz.

REPÚBLICA FRANCESA.

SUMARIO.

Estado alarmante de París.—Disposiciones del gobierno y de la Asamblea.—Manifestacion femenil.—Cuestiones que ocupaban la atencion de la Francia.—Reeleccion del presidente de la Asamblea.—Llegada á París de comisionados italianos.—Petición de la guardia nacional de Milan á la república francesa.—Estado de la politica exterior de Francia.—Nueva alarma en París —Suspension de cuatro periódicos.—Llegada á París de un embajador ingles extraordinario.

Reinaba en París una vaga inquietud producida por el temor de que pudiera alterarse de nuevo la tranquilidad, contribuyendo á aumentar aquella zozobra las medidas de defensa adoptadas en la Asamblea y el considerable movimiento de tropas en la capital. El 17 dirigió el estado mayor de la guardia nacional una orden del dia á todos los oficiales superiores de la de París, para que estuvieran dispuestos á salir á la primera señal. Repartiéronse á los capitanes de la guardia nacional municiones á razon de doce cartuchos por plaza, y se condujeron cinco carros de los mismos á las cuevas de la Asamblea nacional, cuya guardia fué reforzada con caballería y artillería. Todas estas precauciones indicaban claramente que el gobierno poseia datos ciertos acerca de algun movimiento que estaba próximo á estallar.

Hallábase dispuesta para el dia 19 en París una gran manifestacion

de mugeres esclusivamente, debiendo dirigirse estas en número considerable al palacio de la Asamblea, con el pretexto de presentar una petición de indulto en favor de los presos á consecuencia de los sucesos de junio. La autoridad que de todo tenia conocimiento, tomó por lo tanto todas las medidas, y aun cuando llegó á efectuarse la femenina manifestacion, no tuvo consecuencias desagrables, pues el imponente aspecto que ofrecian las cercanías de la Asamblea, hizo retirar en seguida á la poco temible cohorte. La petición, sin embargo, firmada por muchas parientes de los presos, implorando una amnistia para ellos, fué presentada en la sesion de aquel mismo dia al presidente de la Asamblea.

La intervencion en Italia y el exámen de los documentos justificativos acerca de los acontecimientos de junio, hé aquí las dos cuestiones que tenian en expectativa á toda la Francia, y particularmente á la capital, donde se hallaban con este motivo los ánimos en una continua alarma. La escesiva publicidad que se habia dado en las sesiones de la Asamblea, revelan tan escandalosos hechos, que mas de una vez se presentaron proposiciones, para que se guardase cierta reserva en tan desagradables debates. En la sesión del 19 tomó la palabra Luis Blanc y se quejó amargamente del abuso cometido por algunos periódicos con motivo de la publicacion de los referidos documentos, y propuso que se prohibiera en lo sucesivo semejante insercion, mientras que los asuntos sobre que versaran estuviesen pendientes de fallo. En la misma sesion fué reelegido presidente de la Asamblea Mr. Marrast por una mayoría considerable de votos.

Hallábanse en Paris los comisionados italianos, unos enviados desde Turin, y otros desde Venecia, todos para pedir la pronta intervencion de la Francia; pero aun no se habia acordado nada definitivamente respecto á este punto, que tanto podia influir en la suerte de Europa. En la sesion del 21 se dió cuenta de una petición dirigida por la guardia nacional de Milan, reclamando la intervencion armada de la Francia, y á pesar de las vivas instancias hechas por los representantes Buchet, Julio Fabre y Larochejaquelin, sobre la necesidad de una contestacion por parte del gobierno acerca de los asuntos de Italia, la Asamblea no creyó deber traspasar la línea marcada por el general Cavaignac, el cual habia ya manifestado no juzgaba conveniente dar pormenores, á fin de no comprometer la negociacion.

El siguiente artículo del *Moniteur*, que puede casi tomarse como un manifiesto del gobierno, da una idea acerca del estado de la política esterior de Francia:

«En ninguna época de nuestra historia se vió el gobierno francés agoviado por una responsabilidad tan grande como la que pesa sobre la

administracion presidida por el general Cavaignac. Los destinos de Francia, y segun la opinion general de Europa, los del mundo civilizado, se hallan en sus manos. Esto es aun mas indudable hoy, cuando el desenlace de los asuntos de Italia nos ha creado una situacion nueva, que el gobierno previó antes que nadie, y que habria sido fácil conjurar, si Italia hubiera confiado menos en sus propias fuerzas.

«En vista de acontecimientos tan graves, y considerando el interés general que inspira en Francia la causa de Italia, antes de seguir un camino que conduciria necesariamente á la paz ó á la guerra, y acaso á una guerra europea, el gobierno debió tener presente lo que exigian las necesidades tradicionales de nuestra política y la situacion actual de la República.

«El gobierno comprendió que en un tiempo en que el desarrollo y la seguridad de las relaciones comerciales son la condicion de la prosperidad y de la influencia de los pueblos, importaba no perder de vista los intereses industriales. Penetrado de la necesidad de restablecer el crédito público que empieza á afirmarse, persuadido al mismo tiempo de que Francia por ningun concepto debia faltar á las leyes del honor, el gobierno hizo cuanto pudo para conciliar lo que debia á la dignidad del nombre francés y á las exigencias legítimas de los intereses particulares.

«En una palabra, aceptar la guerra si nuestro honor lo exigia; aceptarla, no á nombre de un soberano, animado comunmente por preocupaciones estrañas á los votos y á las necesidades del pais, sino á nombre del mismo pais, á nombre de la Asamblea nacional, árbitra de la paz y de la guerra; evitarla, por el contrario, sin faltar á nuestros deberes ni renunciar á la posicion que Francia debe ocupar en Europa, si evitarla era posible; hé aqui la linea de conducta que desde luego se trazó el gobierno, y la sola política que pareció digna de la República.

«Esta política la ha seguido el gobierno lealmente, sin segundas intenciones, y ya debe juzgarse bastante recompensado de sus esfuerzos: pues puede hacer hoy participar á toda la Francia de las esperanzas del pronto restablecimiento de la paz en Italia por la mediacion de Francia é Inglaterra.

«La accion comun de las dos potencias ya ha empezado á ejercerse sobre muchos puntos de la Península. Y si se pudiera dudar de los resultados que debe producir la union de las dos naciones mas influyentes de Europa, reunidas en un único pensamiento y por un interés que es de todo el mundo, añadiríamos que en las relaciones que se establecen entre la Francia y las demas potencias estrangeras se encontrarían nuevos motivos de seguridad. Estas relaciones son de la naturaleza mas pacífica, incluso las de los gobiernos, á quienes el solo nombre de república parecería deber prevenir contra la Francia.

«Podemos, pues, esperar que esta mediacion de la Francia é Inglaterra en Italia, será seguida de un pronto y honroso resultado, y que servirá de prelude á una pacificacion general.

«La lucha que se sigue en los ducados por intereses relativamente secundarios, debe tener un fin. El parlamento aleman querrá, no lo dudamos, que su primer acto sea de conciliacion, y se unirá á nuestros esfuerzos para hacer concluir un acuerdo ya demasiado retardado. No olvidará que la eficacia de su accion depende de su sabiduria.

«Asi la República, apenas constituida, habrá reconquistado en Alemania, en Italia y en toda Europa el lugar que la politica tímida, irresoluta, complaciente de la monarquía le habia hecho perder, y la Francia dará al mundo agradecido el espectáculo de una democracia, que, despues de haber regenerado á la Europa con sus principios, sabe contener todos los elementos de fuerza que encierra, y no ambiciona otra gloria que la de pacificar el mundo.»

Con motivo de una revista celebrada en París el 22 con objeto de dar á reconocer al general Cavaignac como gefe de la guardia movilizada, se notó alguna alarma en la poblacion, que dió lugar á que se reforzaran varias guardias, y estacionaran tropas en diferentes puntos. Firmé el gefe del poder ejecutivo en proseguir tomando medidas enérgicas para llevar adelante su plan de gobierno, mandó suspender apenas acababa de votarse la nueva ley de imprenta, la publicacion de los periódicos: *Le Representant du Peuple*, *le Père Duchesne*, *le Champion* y *la Veritable République*. Merece llamar la atencion la circunstancia de que el penúltimo de estos periódicos fué recogido el 21 y preso el editor. Hé aqui el motivo. Despues de este epigrafe: *Otra manifestacion*, se leian en el número estas palabras: «Ibamos á dar algunas esplicaciones sobre los rumores que circulan por París, pero gracias á la libertad de imprenta, el impresor se niega á tirar nuestro número. Conservamos la prueba, y se la enseñaremos á nuestros suscritores en las oficinas.»

Por este párrafo se formó causa y fué recogido el manuscrito y la prueba citada. En dicho artículo se daban noticias acerca de la manifestacion que comenzada por las mugeres, debia concluir por aclamar á Enrique V.

Habia llegado á París el marqués de Normamby, y presentado al general Cavaignac sus cartas credenciales como embajador y plenipotenciario extraordinario de S. M. B. cerca de la República francesa, no debiendo tener sin duda otro objeto esta mision diplomática, que el tratar de la cuestion italiana, para lo cual habia recibido poderes por parte de la República francesa, su representante en Lóndres Mr. Gustavo de Beaumont.

INGLATERRA.

SUMARIO.

Fin de la insurreccion irlandesa.—Situacion de Irlanda.—Tentativas de los cartistas.—Prorogacion del parlamento.—Esplicacion del marqués de Lansdowne en la Cámara de los lores sobre los asuntos de Italia.

Con la prision de O'Brien, Meagher y otros varios gefes, y la fuga de O'Gorman habia terminado la tan imponente insurreccion irlandesa; el gobierno sin embargo continuaba ejerciendo la mas esquisita vigilancia en todos los puertos, á consecuencia de haberse apoderado de un cargamento de pólvora que venia á bordo de un buque americano, Llegaban con frecuencia á Dublin algunos convoyes de prisioneros, que inmediatamente eran embarcados para los puntos donde debian sufrir su confinacion. Grave era no obstante el aspecto que presentaba la situacion de la desgraciada Irlanda, pues que se hallaba amenazada ademas de sus discordias civiles, por la terrible cuestion de subsistencias.

En Lóndres continuaban agitándose los cartistas, teniendo siempre en continua alerta al gobierno, y cada dia ensayaban una nueva tentativa para llevar á cabo su plan, con cuyo motivo el gobierno hacia diariamente numerosas prisiones. Habíanse disuelto en un solo dia tres diferentes reuniones, habiéndose encontrado en todas ellas gran porcion de armas y pertrechos de guerra. El 21 hubo gran número de *meetings* de los cartistas y de los confederados de la capital, pero gracias á las muchas precauciones que tomó la policia, fracasó esta insurreccion, cuyos proyectos, que fueron descubiertos por uno de los conjurados, eran horrosos.

Anunciábase que el parlamento iba á ser prorogado, aun cuando se creia que antes presentaria el gobierno alguna ley para atender á las necesidades de Irlanda que amenazaban ser terribles, segun las malas noticias que llegaban de aquella desgraciada isla.

Contestando el marqués de Lansdowne en la cámara de los lores á un discurso de lord Brougham sobre las negociaciones de Italia, deseos manifestados por el Austria desde que empezó el alzamiento de aquel pais, y miras que tenia la Francia en su mediacion de acuerdo con la Inglaterra, todo á propósito de la mocion que habia hecho para que se pusiese sobre la mesa el despacho comunicado por el gobierno austriaco al gabinete de Lóndres, se espresó en estos términos:

«El gobierno de la Reina no tiene inconveniente alguno en producir el documento que se pide. Las declaraciones contenidas en el despacho del príncipe de Metternich en respuesta al de lord Palmerston era ciertamente muy satisfactorio, en la época en que se escribió, y

daba motivos para creer generalmente, no solo en Italia, sino en el resto de Europa, que el Austria no se hallaba dispuesta á combatir el progreso de las reformas que á la sazón se desarrollaban ó estaban para desarrollarse en Italia. Se hizo desde entonces importante el obtener del gobierno austriaco una declaracion categórica que pusiese de manifiesto sus miras é intenciones.

«Las del gabinete han consistido siempre en no intervenir ó no hallarse dispuesto á intervenir sino á peticion de sus aliados en interes de los mismos, y en favor de la conservacion de la paz europea, motivos que han sido debidamente apreciados por nuestros aliados. Siempre hemos procurado entrar con ellos en esplicaciones estensas y categóricas, y cuando nos han pedido consejos sé los hemos dado por via de mediacion.

«Desde el principio de estos negocios en mayo hasta el dia, resulta, segun un despacho del baron de Wesseburgo, hombre de estado eminente que dirige en la actualidad el gobierno austriaco, que la Inglaterra manifestó el deseo de interponer sus buenos oficios, y que el gobierno austriaco no dudó nunca de las intenciones del gabinete británico. Declaro esto con grande satisfaccion, porque al presente sobrevienen circunstancias que indican la perfecta uniformidad y simpatia moral, existentes entre nosotros y el gobierno de Viena, dirigido por una persona bien conocida en Europa, lo mismo que en Inglaterra, don de ha desempeñado un alto destino por muchos años.

«Cuando salia de Inglaterra un despacho ofreciendo nuestra mediacion, recibiamos otro del baron de Wesseburgo, despues de los triunfos de Radetzky, en que se nos pedia. ¿Puede haber mayor prueba de simpatia entre los dos gobiernos, y de la confianza que tiene el de Viena en las intenciones, principios y política de Inglaterra?

«Tengo una gran complacencia en poder decir que el tenor de la comunicacion del baron de Weseburgo manifiesta no solo que el Austria ha conservado su antigua fuerza y energia, sino que ha dado pruebas de prudencia y de moderacion, para arreglar la conclusion de esta contienda, por la cual entiendo lo que se dirige á impedir la discordia y la guerra europea, consecuencia inevitable de la prolongacion de una lucha de semejante naturaleza.

«Ahora añado que pudiendo contarse confiadamente que se acepte la mediacion, no conviene pronunciar ni una sola palabra capaz de herir á ninguna de las partes que estamos obligados á reconciliar, y si podemos, á reunir, cualquiera que sea la opinion que podamos formar de su conducta.

«Concluyo por último, que he sabido con complacencia la aprobacion general por los esfuerzos del gobierno en seguir semejante marcha

de acuerdo con el gobierno de Francia. Este paso se ha dado despues de un maduro exámen, y puedo decir que hasta el dia no ha sobrevenido nada en el particular que modifique mi opinion sobre su oportunidad.

«Tenemos motivos para creer que el gobierno francés ha ofrecido su mediacion con el mismo objeto y con iguales deseos de concluir completa y amistosamente la contienda. Los deseos que pueden deducirse de la espresion del sentimiento de los corrillos particulares de Paris, están muy lejos de animar al gobierno francés actual; sin embargo, sus actos llevan el deseo de la buena fé, y desea tanto como nosotros evitar la guerra, que arrastraria á la Francia y á todos los países de Europa á una série interminable de dificultades é infortunios.»

ESPAÑA.

El pais donde mas simpatías encontraron los facciosos durante la pasada guerra civil, se vió al fin libre de los tenaces partidarios del hijo del antiguo pretendiente. Creyendo, pues, inútil mantener por mas tiempo el estado escepcional declarado por su antecesor en primero de julio último, el capitán general de Navarra y provincias Vascongadas, don Antonio Urbistondo, levantó el estado de sitio, dirigiendo al propio tiempo una proclama á los navarros, exortándoles á que continuasen dando las mismas pruebas de lealtad.

No es por cierto tan lisonjero el aspecto que ofrecen otras. Las facciones de Cataluña parece haber adquirido algun incremento, pues cada dia se presentan en puntos diferentes en mayor ó menor número, segun conviene á sus devastadoras miras, teniendo constantemente en alarma á los habitantes de aquel industrioso Principado. El gobierno ha reconocido al fin la necesidad de dar armas á los pueblos de Cataluña, en donde se trabaja con la mayor actividad y eficacia en todo lo relativo al somaten general que se prepara en todo el Principado.

Tambien en el Maestrazgo comienzan á inspirar temores las partidas que desde Cataluña han pasado á aquel pais, y que le recorren al mando de Forcadell y otros cabecillas facciosos; y es de creer que tomen algun incremento, si no trata el gobierno de tomar prontas y eficaces medidas para impedirlo.

Continúan llamando la atencion los asuntos rentísticos y el arreglo del Banco, pues sin embargo de las esperanzas que se concibieron á la entrada del nuevo ministro de Hacienda el Sr. Mon, aun prosigue el estado angustioso del crédito y la desconfianza en todos los negocios. Estábase trabajando por realizar un nuevo empréstito ó adelanto de

treinta millones para hacer frente á los no pequeños apuros del Tesoro, pero hasta el día no ha podido llevarse á cabo el referido pensamiento, por no haberse presentado tan propicios como se creyera los capitalistas y demas personas con quienes se contaba con este objeto.

Segun los estados que publicó el Banco Español de San Fernando, habían ingresado en su poder, y sido taladrados, quedando por lo tanto fuera de circulacion en julio pasado, 9,754 billetes, importantes 14.178,200 rs. vn., procedentes del producto de la renta de Aduanas.

S. M. la Reina regresó del real sitio de San Ildefonso á esta corte el 27 del corriente, despues de haber disfrutado en aquel sitio la deliciosa temperatura que proporcionan sus inmediatas y elevadas sierras. Mientras tanto su augusta hermana continúa en Sevilla recibiendo las mayores pruebas de cariño por parte de aquellos hijos del Mediodía, que esperan ansiosos el día feliz de su alumbramiento. Ibanse reuniendo asi mismo en las márgenes del Guadalquivir las numerosas diputaciones de todas las clases del estado que deberán presenciar aquel acto tan solemne, y al que S. M. quiere se dé la mayor importancia y ostentacion.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

FRANCIA. Ultimo decreto del poder ejecutivo relativo á la suspension de periódicos:

«En virtud del decreto de la Asamblea nacional del 24 de junio de 1848 y oido el parecer del consejo de ministros, el presidente del consejo:

«Considerando que el periódico *La Gaceta de Francia* contiene incesantes ataques contra la República, y escitaciones que tienden á destruir esta forma de gobierno, para sustituirla con la monarquía.

«Considerando que tales ataques y escitaciones en las circunstancias actuales sirven para armar á unos ciudadanos contra otros y promover de este modo la guerra civil en París y en los departamentos:

Decreta:

Art. 1.º Queda suspendido desde hoy el periódico, la *Gaceta de Francia*.

2.º Se prohíbe á cualquier editor ó impresor firmar ó publicar el dicho periódico hasta nueva orden.

El mismo día fué recogido el periódico titulado la *Boca de Hierro* alegando por motivo el que era continuacion del *Lampion*.

ITALIA. Cerdeña. La *Gaceta Piamontesa* anuncia al fin la formacion del nuevo gabinete en los siguientes términos:

Presidente, Alfieri de Sostegno: Negocios estrangeros, Perrone de San Martín: Interior, Pinell: Instruccion pública, Merlo: Hacienda, Taun de Revel: Obras públicas, Santa Rosa: Guerra y Marina, Franzini: Agricultura y Comercio, el presidente del consejo en calidad de interino: guarda-sellos, el ministro de Justicia.

PARTE CRITICA.

LIBERTAD Y FRATERNIDAD EUROPEA.

En Cadiz tengo la muerte,
y en Sevilla la mortaja,
y en la Isla de Leon
me están haciendo la caja.

A cientos en Dublin y en Londres prenden,
por miles de París van á las Islas,
de Madrid salen cuerdas hácia Cadiz,
y á Ceuta desde allí ó á Filipinas.

Nota bene. Y esto es tan cierto, que los que estaban en la Carraca habrán sido embarcados ya para Filipinas de orden del gobierno. Ya va viniendo la amnistia.

LA VIEJA COQUETA.

Llegó por fin el caso de que el emperador de Austria y Fr. GERUNDIO regresaran á sus hogares, aquel desde su Real mansion de Inspruck, éste desde el Real Sitio de San Ildefonso; el primero acompañado de la augusta imperial familia, el segundo de su augusto lego Fr. PELEGRIN TIRABEQUE.

Tan luego como entramos en nuestra celda, TIRABEQUE se fué á cuidar de las cosas pertenecientes á su ministerio de lo interior, y mi paternidad pasó á informarse del estado en que se encontraba una dama que en su celda habia dejado. Y no hay que escandalizarse de que una dama habite dentro de las paredes del tabernáculo de un religioso, pues han de saber vds. que es mas vieja de lo que prescribe el Concilio de Trento, y aun mas de lo que exigian los cánones en la época del mayor rigor de la disciplina eclesiástica. Verdad es que todo lo que tiene de vieja tiene de coqueta, pues se me va haciendo tan caprichosa y voluble, tan inconsecuente, antojadiza y versátil, que en cuatro dias que hacia que no la habia visto la encontré completamente desconocida y mudada. Y lo mas particular es que la buena señora con todos sus años y su coquetismo tiene el don y la fortuna de seguir interesando á todo el mundo como si estuviese en sus verdores y en sus mejores dias: al extremo que mi misma reverendísima persona, en medio de haberme pasado hace ya muchos años la edad de los galanteos y de las ilusiones, no puedo prescindir de tomarme un vivo interés por ella, y aun de observarla y seguirla los pasos ni mas ni menos que si fuese el Cupido mas celoso y apasionado.

Para que vds., lectores míos muy amados, no hagan por mucho tiempo malos juicios de Fr. GERUNDIO y su huésped, les diré que esta señora es la *Europa* (la Europa en mapa, única que yo puedo poseer), á quien no en valde dió la naturaleza en su estructura geográfica la forma de una doncella. Pues bien, esta dama se nos va haciendo al cabo de sus dias tan veleidosa y variable, que así muda ella y cambia de marcha política, como pudiera cambiar la mas remilgada coqueta de hechuras y formas en sus vestidos. ¿Quién habia de conocer en marzo á la Europa de febrero, ni en junio á la Europa de marzo, ni en agosto á la Europa de junio, ni hoy dia de la fecha á la Europa que yo recorri hace quince dias? Viendo estoy que ha de ser menester publicar cada semana un figurín de modas políticas europeas, al modo del *Petit Courier*

des Dames que se publica en París. Así es, que llamé á mi lego y le dije:

—«PELEGRIN, esta no es la Europa que yo te dejé.

—Señor, me respondió, lo que puedo jurar á vd. bajo juramento es que yo no la he tocado: si hubiera sido un tarro de dulce, no responderia de mi continencia, pero la Europa ¿para qué la queria yo?»

Así era la verdad, y por eso no insistí en hacerle un cargo que solo habia podido ser una chanza. En efecto, ¿qué culpa tenia el pobre TIRABEUQUE de que en ocho dias se hubiera perdido la bella causa Italiana? ¿de que la Lombardía se encontrara otra vez en poder de los Austriacos como en febrero? ¿de que Radetzky se hallara de nuevo en Milan, y de que Cárlos Alberto hubiera tenido que retirarse á sus antiguos estados? Ni siquiera tenia el pobre la menor noticia de estos tristes sucesos: con su expedicion á la Granja habíansele pasado tres ó cuatro dias sin leer periódicos, y con este motivo cogiale todo de nuevo, lo cual dió ocasion á los razonamientos siguientes.

EL REDENTOR.

—«Aquí tienes el mapa, PELEGRIN: ¿ves la Italia?

—Si señor.

—Pues bien, este rio que ves aquí es el Mincio, este otro es el Oglio, este de aquí el Adda; las posiciones que ocupaba el ejército de Cárlos Alberto eran estas.....

—Qué viva Cárlos Alberto, mi amo! Qué viva el libertador de Italia!

—¡Silencio, PELEGRIN!

—¡Señor, perdone vd. si le incomoda que grite; ya sabe vd. que soy apasionado de la causa italiana, y de consiguiente al

oir el nombre de Cárlos Alberto no he podido menos de entusiasmarme.

—No es que me incomode que grites, PELEGRIN; es que ese grito que hace cuatro días resonaba en todos los campos y en todas las poblaciones de Italia, y á cuyo eco enloquecían de entusiasmo Lombardos y Piamonteses, Venecianos y Romanos, Toscanos y Genoveses, todos los Italianos en fin amantes de su independencia y de su libertad, ese grito, PELEGRIN, seria ahora desagradable para unos, sospechoso para otros, y para otros hasta aborrecido y criminal. ¡Oh! guardáriste bien, si fueras ahora á Italia, de gritar como gritaban todos hace pocos días: «¡Viva Cárlos Alberto! ¡viva la espada de Italia! ¡Viva nuestro libertador!»

—¡Alabado sea mi Dios, señor mi amo, y qué cosas se ven en esta época de metamorféos! ¿Y qué es lo que ha motivado esa novedad tan grande, señor?

—Ya sabes, PELEGRIN, pues á esto bien alcanzan tus noticias, que la fortuna que tanto en un principio habia sonreido al intrépido monarca del Piamonte, le volvió su negra espalda en la accion de Villafranca y Somma-Campagna. Pues bien, desde entonces todo fué desastres y quebrantos para el valiente ejército Piamontés y para el rey su gefe. Perseguido por las superiores fuerzas de Radetzky, se retiró á Milan, para probar á los Milaneses que aun á costa de cometer una falta militar cumplia su palabra de no abandonarlos. Mas habiendo encontrado á Milan, á lo que parece, desprovisto de municiones y de viveres, desesperanzado de poder prolongar su defensa mas de dos dias, y vivamente acosado por las victoriosas tropas imperiales, hubo al fin de firmar una capitulacion con el vencedor, al tenor de la cual se retiró el rey con sus ejércitos á sus antiguos estados de Cerdeña, reconociendo entre el Austria y la Italia las mismas fronteras que antes de comenzar la guerra, á cuya capitulacion siguió un armisticio de seis semanas entre ambos ejércitos beligerantes. Asi se ha perdido por ahora, PELEGRIN, la bella causa de la independencia italia-

na, la mas hermosa, la mas noble y la mas santa de las causas por que pudiera pelear un pueblo.»

Quedóse TIRABEQUE un rato pensativo, y luego con acento melancólico: «Señor, me dijo, eso ya me lo tenia yo tragado. Y sino acuérdesese vd. de lo que le dije mas de un mes hace: «En cuanto á los asuntos de Italia no voy barruntandò muy bien, mi amo (1).»

—«Asies la verdad, PELEGRIN, y confiéscote que por desgracia estuviste atinadamente previsor en esto. Pero no paran aqui los azares y las amarguras que ha experimentado Cárlos Albertò: que cuando la fortuna vuelve al hombre la espalda, hasta las piedras, como dice nuestro refran, se convierten contra él. Este monarca guerrero, ídolo poco ha de toda la Italia liberal, llamado y aclamado por los Milanese, y por cuya causa llevaba cuatro meses esponiendo su vida y las de sus hijos en los campos de batalla, prodigando la sangre de sus soldados y consumiendo los tesoros de su reino, fué insultado y denostado en Milan, intentóse asaltar su palacio, disparáronse tiros á sus balcones, y hubiera peligrado su vida si no hubieran acudidò tan oportunamente á salvarle sus intrépidos carabineiros, que al fin pudieròn sacarle, aunque con trabajo, de la poblacion.

—Yo le diré á vd., mi amo; á mí nada de eso me maravilla. Hace mas de 1800 años que vino un hombre, no de Turín, ni de Milan, ni de Roma, sino del cielo mismo, á redimir á todo el género humano y libertarle, no del yugo de los Austriacos, sino de otro yugo algo peor, aunque el de los Austriacos no le tengo por muy bueno, y el premio que le dieron fué ponerle de la manera que le ve vd. allí (y señaló á un crucifijo que como buenos religiosos en la celda tenemos). Desde entonces, mi amo, tengo la aprension de que á todo el que se mete á Redentor le dan el mismo pago poco mas ó menos.

(1) Carta de TIRABEQUE á su amo FR. GERUNDIO, fecha 22 de julio. *Revista Europea*, tomo I, pág. 390.

—Y no han sido solos Milanesees, TIRABEQUE mio, los que de tal manera han tratado á Cárlos Alberto, que no es mejor el tratamiento que ha recibido de sus mismos Piamonteses. En Génova le ponen los periódicos que no hay por donde tomarle, y le llaman traidor á boca llena: en Turin, en la misma capital de su reino, donde hace cuatro dias, cuando yo estuve, se disolvió la cámara á petición del pueblo para investir al *nostro Ré* que ellos decian de poderes ilimitados y absolutos, ahora le abandonan, y el ministerio mismo declara oficialmente que no aprueba el armisticio celebrado entre su monarca y el general Radetzky, que es como denunciarle á la indignacion popular. Y tantos son los disgustos y los desaires que le han dado que hasta se habla ya de su disposicion á abdicar la corona, de lo cual parece que no les pesaria ya á muchos. Y ahí tienes, PELEGRIN, al monarca guerrero, ídolo ayer de los Italianos, á quien todos aclamaban con furor, cuyo nombre excitaba un entusiasmo mágico, á cuyo influjo se iba obrando con una espontaneidad admirable la unidad italiana, al rededor de cuyas banderas acudian voluntarios de todas partes, que de hecho era ya rey de Cerdeña, de Lombardía, de Venecia, de Parma, de Plasencia, de Módena, y á quien hubieran proclamado de buena gana rey universal de toda Italia, ahí le tienes hoy reducido á sus antiguos estados Piamonteses, abandonado por los unos, insultado por los otros, denostado por los estraños, zaherido por los propios, y á punto de perder lo suyo por haberse dado á conquistar lo ageno.

—Señor, eso suele suceder á quien se mete en libros de caballería, aunque si algunos libros de caballería hay buenos para mí son aquellos que llevan por fin el librar á los pueblos de un yugo estrangero. Y en cuanto á la nota de traidor que quieren poner á Cárlos Alberto, ¿qué quiere vd. que le diga, mi amo? Yo no sé lo que habrá pasado entre él y Rideski, ni lo que habrá mediado entre las partes, pero me da el corazon que debe ser una injusticia, lo cual por otro lado no me estraña,

Porque todo Redentor,
 si no acierta á redimir,
 cuente con que ha de sufrir
 la censura de traidor,
 aunque sea Cristo nuestro Señor.

—Así es la verdad, TIRABEQUE hermano; y dejando ahora á Cristo nuestro Señor, que aquí está de sobra.....

—Perdone vd., mi amo, que Cristo nuestro Señor no puede estar de sobra en ninguna parte.

—Una sola hay en que sobra, PELEGRIN, que es en tus versos. Y digo que dejando esto aparte, también yo me inclino á creer como tú que el suponer traición en Carlos Alberto, ha de ser una de aquellas calumnias con que los genios exaltados suelen con frecuencia, en momentos de irritación, cargar á los que han sido desafortunados en una empresa. Y dígolo también, porque por más que discurro no veo qué ventajas le hayan podido resultar á Carlos Alberto de haberse conducido deslealmente, puesto que la posición en que ha quedado no tiene nada de envidiable ni de lisonjera: y en fin, entonces lo creeré cuando se descubra alguna prueba de ello. Lo que no estrañaré será que haya cometido faltas en sus operaciones militares, lo cual no puedo juzgar porque no lo entiendo: ni estrañaré tampoco que sea fundado otro de los cargos que ahora le hacen, que es el de ambición, pues dicen que si tomó con tanto empeño y trabajó con tanto ahínco en la guerra contra los Austriacos, no fué todo por desprendimiento y patriotismo, ni por puro amor á la libertad; sino por el interés de agregar á su reino la Lombardía y la Venecia y de hacerse rey de toda la alta Italia.

—Pues eso, mi amo, bien pudieran haberlo conocido desde el principio, y no haberle llamado: porque pensar que un rey, ¡un rey, mi amo FR. GERUNDIO! como si supiéramos de hoy lo que son los reyes! pensar que un rey había de ir á romperse la crisma él y sus hijos con los soldados Alemanes, y á dormir al sereno y comer un rancho de patatas, y hacer la vi-

da del soldado, espuesto cada dia y cada hora á que viniera una naranjilla de esas que despiden los cañones, y le rebanára una pierna ó un brazo, ó el molde mismo del sombrero, como ya faltó poco una vez, nada mas que por hacer una obra de caridad á los señores Lombardos y á los señores Venecianos, y tan solo por su cara bonita como decimos los legos, y para tener el gusto de que le dijéran despues: *mille grazie, mio signore, obligatto, molto obligatto*, eso sería pensar que hay quien dé palos de valde en estos tiempos, y conocer muy poco el mundo, y menos á los reyes,

—Lo cierto es, PELEGRIN, y lo verdaderamente lamentable, que se ha malogrado por ahora una causa que escitaba las simpatías de todos los liberales de buena fé, de todos los verdaderos amantes de la independéncia y de la libertad racional de los pueblos, y que otra ocasion como ésta con dificultad se volverá á presentar en mucho tiempo.

—Y diga vd., mi amo; en resumidas cuentas, ¿quien tiene la culpa?

—Mira, PELEGRIN; has tocado una cuestion á que no es fácil responder, y que merece ser tratada en capítulo aparte. Tampoco he tenido tiempo de leer los periódicos nacionales y extranjeros, tan detenidamente como es necesario para poder contestar á tu pregunta. ¿Sabes lo que me ocurre? Que puedes hacerme chocolate, que no me vendrá mal despues del viage que acabamos de hacer, y cuando le traigas podré acaso responderte ya con mas datos.»

Hízolo así TIRABEQUE. Yo entre tanto me puse á leer algunos diarios italianos y franceses. Cuando volvió con el chocolate sucedió lo que ahora diré.

TIRABEQUE Y UNA LAMPARILLA.

«Retira de ahí esa lamparilla, PELEGRIN, le dije á TIRABEQUE, no sea el diablo que se prenda fuego.

—Pero señor, me contestó, ¿vd. no vé que está apagada?

—No importa, le repliqué; apagada y todo podrá incendiar algo: retírala.

—Señor, haré lo que vd. me manda, porque me lo manda vd.; pero quererme persuadir á mí que una lamparilla que no arde puede ser causa de un fuego, eso, mi amo, es hacerme mas lego de lo que soy, y no tanto, no tanto, que si talento no tengo, á lo menos el uso de la razon está corriente.

—Se conoce, PELEGRIN, que no estás al alcance de los adelantos republicanos. Has de saber, que habia en París un periódico, titulado *La Lamparilla (Le Lampion)*, que era uno de los once suprimidos por el general Cavaignac, y de los que el general Cavaignac permitió otra vez que pudieran publicarse, y de los cuatro nuevamente suspendidos por el general Cavaignac. Pues bien, esta *Lamparilla* salió uno de estos últimos dias con una columna en blanco, advirtiendo que el artículo que estaba destinado á llenarla, no habia querido publicarle el impresor por temor á la ley de imprenta vigente. Ya ves que la *Lamparilla* salió apagada. Pues con todo eso, ¿qué te parece que hizo el *procurador de la República*? Se zampó acompañado de un juez de instruccion en las oficinas del diario con objeto de echar el guante al director; no le pudo encontrar, pero prendió despues á dos de los redactores: en seguida se fueron á la imprenta, se apoderaron de las formas y del *manuscrito* del artículo anunciado.....

—¿Pero antes de publicarse, mi amo?

—Antes de publicarse, pues esa es la gracia.

—Señor, eso no se ha visto hasta ahora en parte alguna del mundo conocido.

—Ya lo creo que no se había visto hasta ahora ni en repúblicas ni en monarquías; pero se ve en la república de Cavaignac. Y al día siguiente dió Cavaignac un decreto suspendiendo hasta nueva orden la *Lamparilla* y otros tres diarios, y prohibiendo bajo las más severas penas á los directores, impresores y editores su publicacion. ¿Te convences ahora de que una lamparilla, aunque esté apagada, puede ser peligrosa, y provocar una medida algo mas fuerte que la que yo te he impuesto á tí?

—Me convenzo, sí, señor; pero esto es allá en las repúblicas libres, donde en virtud de la libertad completa y absoluta de imprenta que se ha proclamado, un general prohíbe y suspende los periódicos que se le antoja, y el *procurador de la república* recoge no solo los impresos sino hasta los manuscritos, y prende á los redactores, y apaga lamparillas que no arden. Pero una vez que vd. se empeña en obrar conmigo á lo Cavaignac, retiro mi lamparilla, y laus Deo.

ALCANCE. Ya se va enmendando el hermano Cavaignac. El 24 suspendió tambien la *Gaceta de Francia* hasta nueva orden. Libertad de imprenta republicana.

UN BORRON DE TIRABEQUE.

Mientras mi paternidad saboreaba el nectar de los reverendos y la ambrosía de los que se han criado en el cláustro, quise que TIRABEQUE se entretuviera en leer lo relativo á la invasion de los Austriacos en los Estados Pontificios, y á su brusca entrada en Bolonia. Complaciame yo en observar la desagradable impresion que le hacia la imprudente y escandalosa violacion de territorio cometida por el general Welden. No sabia yo decir cuál de las dos cosas seria mas fea, si la accion del general austriaco ó la cara que ponia mi lego. Algo se fué des-

arrugando su ceño cuando leyó la noble y digna manifestación que el Santo Padre hizo á sus nuevos ministros, para que la comunicaran á la cámara, sobre aquella transgresion tan osada como inmerecida. Una sonrisa de placer entreabria sus lábios cuando iba leyendo la enérgica y vigorosa protesta de Su Santidad (1). Pero cuando su alegría subió de punto, cuando se dejó arrebatar de un acceso de loco entusiasmo, fué cuando leyó que los boloñeses por uno de aquellos heróicos movimientos de patriótico arrojo de que solo son capaces los pueblos y los hombres en cuyos pechos arde pura la llama de la independencia y del amor patrio, se habian levantado denodadamente contra sus opresores, lanzándolos ignominiosamente de Bolonia, y escarmentado su audacia causándoles multitud de muertos y prisioneros.

—Bien hecho, mi amo, exclamó: ¡que vivan los Bolonios! ¡gloria á los Bolonios, que asi han sabido dar en la cabeza á esos invasores atrevidos...!

—El bolonio eres tú, le dije, que me has echado á perder el mapa llenándomele de tinta. »

En efecto, TIRABEUQUE en el calor de su entusiasmo por el heróico comportamiento de los boloñeses, habia dado tan fuerte golpe sobre la mesa que derribó el tintero y derramó un chorro de tinta sobre el mapa que en aquella estendido tenia.

—«Te parece, le dije, que has hecho buena obra? ¡Y dónde ha ido á caer el borron! precisamente en el Austria, que tanto nos interesaba ahora tener á la vista!

—Señor, no debe sentir el Austria el borron que yo le he echado sin querer, sino el borron que ella se ha echado encima con haber invadido los Estados del Papa contra toda justicia y derecho, cuando precisamente si en algo se ha excedido el Santo Padre ha sido en llevar casi á un extremo las consideraciones

(1) Todos estos hechos y documentos quedan referidos y consignados en nuestra parte histórica.

y miramientos con el Austria. Y así bien está el borron donde ha caído, y no debe vd. limpiarle, sino dejar que permanezca y dure hasta que ella se limpie de ese otro borron mas negro con que se ha manchado.

—Así parece que lo procura ya, PELEGRIN, pues el gobierno de Viena, conociendo que la violación de territorio y la permanencia de las tropas austriacas en los Estados Pontificios podría producir una intervención armada de parte de otras potencias, y acaso una guerra general europea en que ella podría no quedar muy bien parada, ha destituido al general Welden, y dado orden á las tropas imperiales para evacuar las legaciones.

—Señor, no me doy por satisfecho con eso: exijo que el Austria de una satisfacción pública á la Europa, y principalmente al Papa, y á mí tambien: pues qué; ¿no hay mas que meterse de rondón por los estados ajenos, y acometer las ciudades á ver si se las encuentra flojas, y si se vequese ha topado con la horma de su zapato retirarse como si nada se hubiera hecho y nada hubiera sucedido?

—Pues no espere otra cosa, PELEGRIN.

—Pues entonces tampoco vd. espere que yo limpie el borron, aunque tenga que comprar otro mapa á mi costa. Cuanto mas que hay borrones, que una vez caídos no es fácil limpiarlos, y no debe ser esta la primera mancha de esta especie que esa señora se ha echado encima. Y ahora vea vd. si podrá contestarme ya á la pregunta que antes le hice.

¿QUIEN TIENE LA CULPA?

—«Del estudio que antes tenia hecho acerca de las causas que entorpecian los progresos de las armas italianas, y del cotejo que ahora he podido hacer entre las causales á que los

diarios de los diferentes países atribuyen la dolorosa pérdida de la causa de Italia, paréceme, PELEGRIN, que sino del todo, en mucha parte puede venirse en conocimiento de lo que ha preparado y llegado á producir tan funesto desenlace.

—Diga vd., mi amo, á ver si conviene con lo que yo he estado discurriendo, que no es solo chocolate lo que he hecho en este rato, sino que al paso que daba vueltas al molinillo de la chocolatera, dábala también y no pocas al molinillo de mi imaginación, cabilando sobre quién habrá tenido la culpa de que se haya perdido la causa italiana.

—Atribúyese primeramente, PELEGRIN, á la falta de concordia y unidad que desde el principio se advirtió en los diversos estados de la Península, puesto que en vez de concentrar sus esfuerzos y dirigirlos aunadamente á lo que principalmente les interesaba y convenia, que era arrojar de su territorio á los dominadores estrangeros y recobrar su independencia, entretenianse y evaporaban sus fuerzas en cuestiones políticas, sobre si habian de tener gobierno republicano ó monárquico-constitucional, sobre si la Constitucion habia de ser mas ancha ó mas estrecha, sobre si los individuos del gobierno provisional eran ó habian de ser moderados ó exaltados, dando así lugar á la lucha de opiniones y á las consiguientes discordias intestinas dentro de cada estado, y á las exteriores desavenencias de unos estados con otros, todo lo cual les consumia un tiempo y unas fuerzas que hubieran ganado mucho en emplear contra el enemigo comun.

—Señor eso mismo fuí yo discurriendo cuando iba á hacer el chocolate.

—Otra de las causas á que se atribuye el éxito desgraciado de la guerra, es que los italianos no tenian mas ejército disciplinado y aguerrido que el de los Piamonteses; todo lo demas eran milicias nacionales improvisadas, voluntarios animados de los mejores deseos y llenos de un entusiasmo patriótico muy recomendable, pero poco á propósito para las fatigas de campaña, no avezados á la disciplina ni á los combates, faltos de

generales experimentados, y que tenían que habérselas con tropas regulares y veteranas, mandadas por viejos generales de ciencia y experiencia, y tanto mas temibles cuanto menos precipitados y mas flemáticos como buenos alemanes.

—Señor, estaba yo con la castaña en la mano y con el pensamiento en eso mismo que vd. acaba de decir; todo eso se me habia pasado por la imaginacion.

—Me alegro, PELEGRIN, que tan acertadamente discurras.

Supónese tambien que la célebre alocucion del Papa declarando que ni habia autorizado ni autorizaria á sus súbditos para hacer la guerra á los austriacos, y su teson en seguir esta política pacífica y conciliadora, desalentó mucho á los confederados y perjudicó en gran parte á su causa.

—Eso tambien, señor; estaba yo soplando la lumbre y acordándome de esto mismo.

—Vino luego la defeccion del rey de Nápoles, los sucesos lastimosos de esta capital, y el llamamiento y retirada de las tropas napolitanas.

—Eso, eso, mi amo: batiendo estaba yo el chocolate, y al propio tiempo me batia el corazon lo mismo que una chocolatera de acordarme de aquellos sucesos, y de la culpa que han debido tener de los resultados que ahora estamos palpando.

—Con tal motivo las tropas de Sicilia en vez de ir á batirse contra los austriacos, se fueron á hacer la guerra á sus antiguos hermanos de Nápoles. Por otro lado los soldados de Módena, poco ó nada afectos á la causa de la libertad, como que últimamente concluyeron por pasarse al enemigo, y ahora han rematado su obra proclamando de nuevo, con ayuda de los austriacos, á su antiguo duque Francisco V, principe absolutista por todas sus coyunturas.

—Lo que yo decia para mí alli en la cocina, señor: ¿quién se va á fiar de los modeneses?

—¿Sabes, PELEGRIN, que me admira lo que has discurrido? Ahora me falta saber si piensas tú como los liberales moderados italianos, los monárquico-constitucionales que diriamos

aquí, los cuales echan mucha parte de la culpa del mal éxito de la guerra á los demócratas y exaltados de Milan, que retardaron la agregacion de la Lombardia al Piamonte, y con sus ideas y sus proyectos de república y sus continuas conspiraciones mantuvieron siempre viva la discordia y la alarma en Milan; y mas todavía la echan a los Venecianos por su loco empeño en conservar su simulacro de república, y por su tardía resolución en incorporarse al reino de Cerdeña; todo lo cual, dicen, daba motivo á que Carlos Alberto no hiciera la guerra con el ardor y la decision con que de otro modo la hubiera hecho, puesto que temia recoger para sí poco fruto de sus esfuerzos y sacrificios, y estar trabajando para otros, viendo como veia á Venecianos y Lombardos ó rehuir el adherirse á sus estados, ó entrar en la incorporacion como á remolque.

— Señor, pareceme que no van fuera de razon los que así discurren, y esto mismo fué lo que se me ocurrió á mí cuando estaba llenando el pocillo.

— Por otra parte los republicanos, los demócratas y los liberales exaltados, achacan la tibieza que dicen haberse observado en las últimas operaciones de Carlos Alberto y su flojedad en la campaña, á la humillante incorporacion á su reino de la Lombardia, de Venecia, y de los diferentes Ducados de la alta Italia, pues con esto, dicen, se apagó el entusiasmo de los pueblos por su libertad, único agente impulsivo de los esfuerzos heróicos, haciéndose la cuenta de que cualquiera que fuese el resultado de la guerra, no harian sino cambiar de opresor; mientras Carlos Alberto por su parte, cumplido el objeto de su ambicion, y satisfecho con haber ensanchado los límites de su reino, no se apuraba ya mucho por asegurar las libertades ni la independenciam de unos pueblos que miraba ya como suyos, y que se proponia gobernar despues como á unas colonias ganadas por derecho de conquista.

— Tampoco dudaré de eso, mi amo: por el camino cuando traia el chocolate venia yo recapacitando sobre ello, y decia para mí: «milagro será que no haya sido esto lo que ha tenido la culpa.»

—Lo que dicen ahora los de Turin es que ha habido deslealtad de parte del general Salasco, que era el gefe de estado mayor del rey, y achácanle haber hecho abandonar plazas á los austriacos y aun entregádaslas por sí y ante sí sin orden del rey, como que los diarios de la capital piden que sea acusado solemnemente y se le forme proceso por el delito de infidelidad.

—Señor, en este instante mismo se me estaba pasando esa especie por la imaginacion, y harto será que no haya algo de verdad en eso que le cuelgan al señor Selasco, ó Velasco, ó como se llame.

—Por otro lado Carlos Alberto y sus adictos atribuyen su desgracia á los grandes refuerzos recibidos últimamente por Radetzky, algo á la inestabilidad de la fortuna y á la varia suerte de los trances de la guerra, y mucho á la cobardía y poca ayuda de esos mismos Lombardos y Milanese que ahora le acusan y censuran.

—¿Y qué duda tiene, mi amo, que no le falta razon al hermano Carlos Alberto en eso que alega? Cabalmente se lo iba yo á indicar á vd. ahora mismo, y es de aquellas cosas que como se suele decir, se las quitan á uno de la boca, como que si hubiera sido una sopa de chocolate me quedo sin ella.

—¿Sabes, PELEGRIN, que estás haciendo un papel muy singular, y que tiene cierto aire de burlesco? Todo cuanto yo digo lo habias discurrido tú ya haciendo chocolate: cuantas causas espongo como probablemente influyentes en el resultado desastroso de la guerra de Italia, todas las habias tú alcanzado: ¿se trata de saber qué hombres, qué partidos han tenido mas culpa de que tan bella causa se haya malogrado? Para tí todos tienen razon y todos son culpables. Si lo finges, es que te burlas, y no estoy dispuesto á tolerarlo; si lo piensas asi, te acreditarás de mas simple de lo que pareces.

—Yo le diré á vd., mi amo: en cuanto á lo primero, es verdad que he fingido que se me discurría á mí todo lo que vd. iba diciendo, en lo cual no creia ofenderle, sino que era un

modo como otro cualquiera de manifestar que estaba conforme: y en lo que toca á eso de dar á todos la razon y echar á todos la culpa, no voy descaminado en manera alguna, por que tengo para mí que todos tienen su pequeña parte de razon y su mucha parte de culpa, y que poquito de aquí, poquito de allí, culpita de acá, culpita de allá, ha venido á resultar una buena racion de culpas, de cuya racion pienso que no hay á quien no le toque por lo menos una migajita.

Y ahora, mi amo, lo que deseo yo saber es si eso tendrá todavía algun remedio y de dónde podrá venir: porque ha de saber vd. que me interesa mucho esa pobrecita Italia.

—¡Pues apenas viene vd. exigente hoy, señor PELEGRIN! ¡Apenas son dificilillas las preguntas que vd. me hace! Pero en fin, me hago cargo de que no podemos dejar la Italia en tal estado, que es menester buscarle un remedio, y que hay que ver cuál será y de dónde habrá de venir.

¿DE DONDE VENDRA EL REMEDIO?

¿Recuerdas tú, PELEGRIN, aquel juego de prendas en que para apurar una letra dada, como por egemplo, la *B*, la *M*, ó la *J*, se repite aquello: «De la Habana ha venido un navío cargado de....» y se obliga á nombrar un objeto que empiece con la inicial que se trata de apurar, y el que ya no encuentra palabra que con tal letra comience aquel paga prenda?

—Recuérdolo, si señor. Y por cierto que si ahora se me ofreciera jugarle y se tratára de apurar la *C*, antes consentiria yo en pagar cien prendas que nombrar una cosa que empieza con *Cu*, y que cada vez me hace estremecer mas, porque en lugar de acabarse, lleva trazas de apurarse primero otra palabra que empieza con *P*, y acaba con *ciencia*.

—Entiendo, PELEGRIN; aludes á las *Cuerdas* de presos polí

ticos que continúan saliendo de Madrid, lo cual ciertamente me va haciendo ya estremecer tambien á mí mismo, al considerar el estado violento en que nos hallamos, y no digo mas aunque pudiera, porque tú me entiendes y basta.

Pues bien, una cosa semejante al juego que te he recordado es lo que está pasando al presente en París; pues cada dia se anuncia y se dice: «De Milan ha venido un enviado con la mision de solicitar la intervencion de la Francia.—De Turin ha venido un comisionado á pedir la intervencion de la Francia.—De Venecia ha llegado un diputado con objeto de negociar la intervencion de la Francia.—De Florencia ha venido una comision encargada de pedir la intervencion de la Francia.—De Roma ha llegado una diputacion á demandar la intervencion de Francia.—Del cuartel general de Carlos Alberto ha venido un delegado con el objeto de alcanzar la intervencion de la Francia.—Lo cual te probará, PELEGRIN, de dónde espera la pobre Italia que le haya de venir el remedio á su reciente desastre.

—Siendo eso asi, mi amo, ya no debe darnos cuidado por la pobrecita Italia, porque antójaseme estar ya viendo doscientos ó trescientos mil franceses ó mas, pasar los Alpes ó el Calepino (1), ó como se llaman los montes esos que hay que pasar para ir á Italia, y estoy viendo tambien á los austriacos evacuar la Italia mas que de paso y no pasar hasta el Fístula ó el Huelva (2), ó alguno de estos rios que hay por allá en el corazon del Norte. Y todo esto es muy natural, y no cumple con menos la Francia, puesto que asi lo ofreció siempre, y que siendo ella la que ha sacado á los pueblos de sus quicios, y llamándose como se llama la protectora nata de la libertad de todos los pueblos, no es regular que una vez que la necesitan los deje abandonados; lo cual nolo haria una Francia cualquiera, cuanto mas una Francia republicana.

(1) El Apenino queria decir Tirabeque.

(2) El Vístula ó el Elba.

—Siento tener que decirte, PELEGRIN, que ni un soldado francés pisará el suelo italiano; pues por mas que de todos los puntos de Italia se haya reclamado y solicitado la intervencion francesa, la Francia ha declarado ya no estar por la *intervencion armada*, sino por la *mediacion*, esto es, por negociar por las vias pacificas de la diplomacia una reconciliacion entre el Austria y los estados italianos, de tal manera que sin guerras y sin efusion de sangre se asegure la independencia italiana y el Austria quede tambien satisfecha y contenta: para lo cual están ya de acuerdo la Inglaterra y la Francia, y si no la Inglaterra y la Francia, por lo menos Cavaignac y lord Palmerston, los cuales han vuelto á resucitar la antigua *inteligencia cordial* de los tiempos de Luis Felipe para conservar la paz del mundo, que ahora están haciendo los hermanos Palmerston y Cavaignac lo que en aquellos tiempos hicieron los hermanos Peel y Guizot, y ahí tienes como al cabo de los años mil, ó de medio año que es lo mismo, vuelven las aguas por donde solian ir.

—Aturdido me deja vd. mi amo, y vd. me disimulará si no acierto á espresar con el orden que yo quisiera el enjambre de ideas que me están bullendo aqui dentro de la frente. Y en primer lugar digo que para otro tanto, bien podian haberlo hecho dos ó tres meses há, y hubieran ahorrado mucha sangre italiana y austriaca, y entonces hubieran podido hacer una transicion.....

—Transaccion querrás decir, PELEGRIN.

—Si señor, hubieran podido arreglar una transacion ó composicion que hubiera contentado á los unos y á los otros, y ambos les hubieran dado las gracias, porque entonces no se sabia quién seria el vencedor y quién el vencido. Pero esperar á meter paces entre dos que riñen á que el uno tenga debajo al otro y á que le haya puestó el pie en el cuello, es como acordarse de transigir entre dos litigantes cuando ya el uno, justa ó injustamente, ha ganado el pleito, lo cual ó es muy malicioso ó muy tonto, y perdónenme los señores fran-

ceses y los señores ingleses; y de todos modos lo que ahora consigan será ya como una gracia que querrá hacer el vencedor, lo cual no es muy honroso para el vencido, y esto es lo que debieron evitar.

En segundo lugar, mi amo, no creo yo que la Francia esté por estas mediaciones y estas cataplasmas, sino por la intervencion armada y directa, tal como la piden los italianos.

—¿Y qué entiendes tú por la Francia?

—¿Qué entiendo? Lo que entiende todo el mundo; todo este pais que esta comprendido aqui en el mapa dentro de esta faja ó cinta verde. ¡Oh! esto ya lo entiendo yo perfectamente.

—Dices bien si se tratara de la Francia geográfica, pero si quieres buscar la Franciapolitica, que es la que influye y tiene voto en estas materias, es menester que te vengas aqui donde yo pongo el dedo. Este es París; aqui en París hay un palacio nacional; en este palacio nacional está la Asamblea: en esta asamblea se sientan 900 representantes en otras tantas sillas; dejas las 899, buscas el sillón en que se sienta el general Cavaignac, encuentras á Cavaignac, y esta es la Francia de hoy.

—¿Sin que sea ponderacion, mi amo FR. GERUNDIO?

—Sin que sea ponderacion, mi lego TIRABEUQUE. No es tu amo el que lo dice, es el mismo Cavaignac. Indicando Julio Fabre en la sesion del 21 que la opinion pública en Francia estaba por la guerra, ó sea por la intervencion armada en Italia, respondió Cavaignac. «Pues cuando una nacion se engaña sobre un hecho, el gobierno debe *resistirla* despues de haberla ilustrado, mejor que complacerla *sin habertla combatido*.» Lo que en otros términos equivale á decir: «Pues si la Francia piensa asi, yo pienso de otro modo, y estoy dispuesto á resistir la opinion pública, y se hará lo que á mí me se antoje.» Y la Asamblea quedó muy conforme, y facultó al poder ejecutivo para que obrára como mejor tuviera por conveniente en el negocio de Italia; y se abolió hace seis meses la monarquía y se mandó á paseo al rey y á toda su dinastía, porque no

respetaba la opinion pública de la Francia sin que tuviera nunca el descaro de decirlo.

—Pues viva la libertad que hemos conquistado con la república, mi amo. Con que es decir que los pobres italianos, ademas de no tener la intervencion, tendrán una mediacion tardía, porque asi lo quieren dos hombres llamados Cavaignac y Palmerston, el uno republicanoacérrimo, y el otro liberal exaltado. Y diga vd. mi amo, ¿no se trasluce á que podrá venir á reducirse esa mediacion, y cómo vendrá á quedar la Italia?

—A lo que generalmente se cree, PELEGRIN, se hará un arreglo y particion de territorio, quedando probablemente incorporada como antes al Austria la parte de Lombardía desde la linea del Mincio ó del Adige allá, y la otra agregada al Piemonte (á lo cual me temo que no accedan de buena gana los Lombardos despues de los desaires hechos á Carlos Alberto, cuando esto mismo lo hubieran podido aceptar con gran beneplácito hace dos meses), y formándose del pais veneciano un reino dependiente del Austria, aunque con su cámara ó su parlamento aparte al modo de Hungría. Esto ó una cosa semejante es lo que se espera que podrá ser el resultado de la mediacion, se entiende contando con cierta docilidad y condescendencia de parte del Austria y de la Alemania.

—Y diga vd., mi amo; ¿qué mas derecho tiene el Austria á dominar del otro lado del Mincio ó del Adige, que de este lado del Adige ó del Mincio? ¿No es todo ello Italia? ¿Y no debiera ser toda la Italia independiente? Pero en fin: dejémoslo por ahora, mi amo, puesto que de nosotros no le ha de poder ir el remedio, y yo me estoy cayendo de debilidad: vd. al fin ya se ha embaulado el chocolate, gracias á mi intervencion directa; yo estoy en ayunas, y me está viniendo de la vecindad un olor tan rico á *pastel*, entre republicano y whig, que no puedo resistirlo, y con el permiso de vd. voy á ver si hago algo por la vida.»

Y se fué TIRABEQUE á almorzar, y asi terminó nuestra primera conferencia despues del viaje.

CORRIDA EXTRAORDINARIA.

No me vuelvo á fiar ni de los partes de los boletines italianos, ni de los horripilantes anuncios de insurrecciones de los diarios ingleses, ni de las brillantes teorías de los socialistas, ni de la fraternidad de los republicanos, ni de los ofrecimientos de los órganos ministeriales, ni de las buenas palabras de los ministros, ni de las corridas de toros anunciadas con mucha anterioridad y mucha pompa. He dicho mal cuando dije, «no me vuelvo á fiar»; he debido decir: «me ratifico en no fiarme» porque llevo ya tiempo de no fiarme ni de estas nide otras mil y quinientas cosas parecidas, y me sale la cuenta.

Así me sucedió con la corrida del 21, primera de las tres extraordinarias que se habian anunciado en esta temporada de estío en que están cerradas en Madrid las córtes, la universidad y la plaza de toros. Que el empresario de esta se me antoja parecerse un poco á lord Palmerston, el cual se conoce que no puede tener ociosos á sus diplomáticos, y aprovechando las vacaciones que el ministerio español habia dado á Mr. Bulwer, le confió la mision éstraordinaria de ir á tratar con Cavaignac sobre la mediacion anglo-francesa en la cuestion austriaco-italiana. Y á fé que si el diplomático inglés queda tan lucido en su primera mision éstraordinaria como el empresario de la plaza de toros en la primera corrida de este género, no debe quedarle mucha gana al Sr. Palmerston de confiarle la segunda. Pero no anticipemos resultados.

El anuncio del Diario decia: «*La empresa, deseosa por cuantos medios están á su alcance de complacer al público...*» Yo supongo que querria decir: «*deseosa de complacer al pú-*

blico por cuantos medios están á su alcance.» No diré yo que la culpa de estas malhadadas trasposiciones gramaticales la tenga el mal ejemplo dado por los médicos de cámara; pero sí diré que son unas coincidencias sensibles. El anuncio continuaba diciendo: *«ha tomado tres corridas de toros (es decir, ha dispuesto tres corridas de toros, ó tomado toros para tres corridas) de las mas acreditadas ganaderías de Navarra, que hace tiempo no se corren en esta plaza.—En su consecuencia se lidiarán en la de este dia seis toros de la ganadería de la señora viuda de don Felipe Perez de Laborda, de Tudela de Navarra, con divisa blanca.* Los de las otras dos habian de ser de Zaldueño y Guindulain.

El periódico facultativo, titulado *La Tauromaquia*, añadía: *«debemos decir que los anunciados para esta primera corrida son de los que nos merecen mas crédito (sin duda por su veracidad), no porque reconozcamos en estos toros distintas propiedades que en los demas del pais á que pertenecen, sino porque son los que menos han padecido durante la guerra de las provincias.»*

Esta última circunstancia, que parecia recomendarse como un síntoma de sus buenas cualidades, fué precisamente la que á mí me hizo desconfiar mas, porque toros que no habian padecido durante una larga guerra civil, no debian tener una opinion muy marcada, y ya me los figuraba yo como aquellas almas frias que en medio de las fiebres políticas deben á su genio y temperamento linfático la fortuna de irse manteniendo neutrales sin tomar cartas ni por unos ni por otros, y sin que nadie sepa cuál es su opinion, ni menos los persiga por ella, lo cual no es ciertamente lo mas patriótico, pero es lo mas provechoso para vivir; y dáseles á ellos un bledo porque dijera Ciceron que en las revueltas civiles todo el mundo debia llevar escrita su opinion en la frente: *denique scriptum sit in fronte uniuscujusque civis quid de republica sentiat.* En fin, fuese por estas recomendaciones, fuese por la fama que de anteriores épocas gozaban los toros navarros, fuese por las noticias esparcidas, es lo cierto

que los aficionados esperaban ver en la funcion del 21 una de las mejores que pudiera proporcionar la empresa.

Pues señor, vamos allá, dije yo, y lo mismo dijo mi lego TIRABEQUE. Y cuidado, que el sol estaba tal, que mas que ministro del fomento de la naturaleza, parecia presidente de algun club comunista ó cartista, porque sus rayos eran mas incendiarios que los discursos de un meeting. Es decir, que achicharraba el calor; asi fué que habia en la plaza tal muchedumbre de abanicos, que solo pudiera compararse á las condecoraciones que preveo va á derramar el gobierno sobre los asistentes al parto de la Señora Infanta, que no deja de ser un mérito, y para lo cual le aconsejo yo, FR. GERUNDIO, que invente una nueva cruz, que se podrá titular la *Cruz del Alumbramiento*. Esta vez los toros tenian ya nombres, que de algo han de haber servido las exhortaciones gerundianas. De consiguiente no hubo que bautizarlos.

Y por cuanto en el siglo de la civilizacion y de las luces, asi en las repúblicas como en las monarquías, asi en las asambleas como en las plazas de toros, lo primero y principal es un general, el primer toro era *General* como el presidente del consejo de ministros, y como el presidente de la plaza, y como el presidente del gobierno de la república francesa, y como los presidentes de todo.

Era el señor *General*, pequeño de cuerpo como Agesilao, menos gordo que Narvaez, no tan rechoncho como Figueras, de no tan buena estampa como Vista—hermosa, bastante mas jóven y de menos malicia que Radetzky, no tan imprudente como Welden, ni tan belicoso y rehacio como Wrangel, ni tan desgraciado como Durando, ni tan revoltoso como Garibaldi, ni tan afortunado y regoldon como Riánzares, ni de tanto poder como Cavaignac: á este le sobra lo que á aquel le faltaba. Era un general adocenado y de los innumerables que hay en España. Mejor hubiera estado de cuartel allá en la dehesa, que lidiando en la plaza; pero malo como era, se portó mejor que su compatriota Elío, pues al fin él salió á batirse *en persona* con Mu-

ñoz y el Habanero, mientras el general Carlista se contentó con dar una proclama desde un rincón diciendo: «juntémonos y que vayan.»

Nada de provecho hizo sin embargo este *General*; pero llevó á la tumba el consuelo de que dejaba en el mundo muchos retratos. CASAS le despachó de una buena por los altos recibiendo. Este General perdió la faja por los altos; váyase por otros que la consiguen por los bajos.

El segundo era retinto y bien armado; pero tuerto del derecho (suple ojo): que así se verifica estar juntos á veces lo tuerto y lo derecho; cosa que parecería imposible, menos á los jueces que con frecuencia hacen del derecho tuerto, y vice-versa.

—«¿Cómo se llama este toro? me preguntó TIRABEQUE.

—Se llama SULTAN, le respondí.

—¿Cómo dice vd? ¿INSULTAR?

—No, hombre, SULTAN.

—Páreceme, mi amo, me replicó, que le estaría mejor puesto *Insultar* que *Sultan*, que aunque él no parece sugeto de insultar á nadie, puesto que muestra ser un animal pacífico en demasía, por lo mismo es un insulto de parte de la empresa que se dice deseosa de complacer al público por cuantos medios están á su alcance, y para complacerle nos trae un *General* que no merecía el grado de teniente, y un *Sultan* que no puede leer el Alcoran mas que por un lado.

Efectivamente, el público que es el verdadero Sultan en estas funciones, viendo un bicho que por lo defectuoso y lo manso no servía para la lidia, pidió á voz en grito que el *Sultan* fuera retirado al serrallo; y el Presidente, que manifestó tener tan mala idea de los tuertos como el Cardenal Mézerai (1), ac-

(1) Cuando Pedro Flotte, hombre violento y avaro, revolucionó en 1302 la Flandes por sus concusiones con Felipe el Hermoso, dijo el cardenal de Mézerai: «no me maravilla la conducta de ese hombre, porque es tuerto.»

cedió á ello desde luego, y ordenó y mandó que el *Sultan* fuera echado al corralon. No he visto un *Sultan* mas sumiso y humilde: sin esperar á que vinieran á acompañarle los eunucos (vulgo cabestros), él mismo se retiró por su pie, solo y sin cortejo como un simple musulman.

Bajo malos auspicios se presentaba la corrida, y lo peor fué que continuó. Al *tuerto* sucedió un *cojo*. La TAUROMAQUIA decia que eran los toros que menos habian padecido en la guerra civil, pero á juzgar por lo lisiados que estaban, diríase que estos pobres navarros habian hecho la última campaña montemolinista, y que las heridas los habian impedido refugiarse á Francia como Zubiri y Soto. Hasta en los nombres anduvo desacertada la empresa, ó el dueño, ó quien quiera que fuese el bautizante: porque llamábase este tercer toro *Rondador*: y precisamente salió á plaza por primera vez un *Rondador*, ¿cuándo? al dia siguiente de haber sido disuelta toda la *ronda* llamada *de capa* por el nuevo gefe superior de policía, señor Enciso. ¿Qué tal gente serían estos Rondadores, y cuál sería su conducta y su fama, cuando el dicho gefe tuvo por conveniente dejar presos en el acto á 44 de estos ronderos, en cuyas manos habia estado por muchos meses la seguridad personal de los ciudadanos? ¿Qué tal habria andado el negocio, cuando por confesion de la misma autoridad el orden público y la seguridad individual habian estado confiadas á gente á quien hay que mandar á presidio por ley de buen gobierno? En cualquier tiempo un toro que sonara á cosa de *ronda* hubiera sido muy mal recibido del público, pero tenia que serlo mucho mas en una ocasion en que tales flaquezas y liviandades, por no decir atrocidades y picardías, acababan de descubrirse en los de su oficio.

Agregábase á esto el defecto de la cojera, y sin embargo el cojo fué el único que hizo algo en la corrida, lo cual consoló en parte á TIRABEQUE del disgusto que le causaba el ver maltratar á un animal, que por lo menos le era simpático por parte de la pierna; pero fué tan algo lo que hizo, que no mere-

ce el honor de trasmitirlo á la historia. Este individuo de la desacreditada Ronda, pereció á manos de Luque, que fué para él el gefe superior de policía.

Mas bravo fué todavía el cuarto, pero tan pequeño, que mas parecia gato montés que toro. Llamábase *Jabali*, y era el máximo que podia concedérsele en la categoría de los animales. Genio no le faltaba, y viveza, ni tampoco verbosidad: al oírle diríase que se iba á tragar caballos con sillas, y picadores con monas y todo: pero embestia, faltábale la fuerza, y *náa, usté no es náa*. Sucédiale lo que á los Italianos; mucho patriotismo, mucha viveza, mucho fuego en sus discursos, y aun muy buena intencion, pero la fuerza y el empuje no han correspondido.

—«Señor, me decia TIRABEQUE, lo que le hacia falta á este terito era haber cogido á ese Obrien, ó á ese Miger ó Migaja, ó á alguno de esos cabecillas irlandeses.....

—¿Y por qué dices eso? ¿Hubiera sido mas por haber cogido alguno de los gefes de la insurreccion irlandesa?

—Si señor, porque hubiera ganado 500 libras, que son las que le hacen falta para ser buen toro: ¿no fueron 500 libras las que ofreció el gobierno inglés por la cabeza de cada uno de los mencionados?

—Si, hombre, pero eran libras esterlinas, no libras de carne. Lo que me ocurre á mí, PELEGRIN, es que los ministros que tan aficionados se muestran á la caza de reses mayores, como que andan ahora ojeándolas allá por los bosques de Riofrio en compañía de la Reina y de la corte, era á quienes correspondia lidiar este *Jabali*, que por lo menos vale tanto como los corzos y venados del Real Sitio.

—Mucho me alegrara, mi amo, de ver torear á los ministros, y no pierdo las esperanzas de verlo, puesto que ellos pescan, ellos cazan, ellos bailan, con que ¿qué les falta ya como no sea torear y gobernar bien?»

Asi entreteníamos amo y lego una funcion, que sin estos diálogos nos hubiera secado por lo insulsa, por lo tonta, por lo insignificante, y por lo mala con todo género de maldad. En

vano los lidiadores se esforzaban por dar á los bichos el tono y la importancia de toros; desmentíanla ellos mismos con su poca representacion y con sus hechos, como aquellos muchachos á quienes antes de tiempo se quiere dar la importancia y la formalidad de hombres. Animalejo habia que se colaba muy francamente por entre las patas de los caballos, como los chicos cuando hacen puente de las piernas de sus padres. A duras penas mató el cuarto algun caballo, y murió el *Jabali*, no á manos de una beldad, sino á manos del Salamanquino.

Llamábase el quinto *Estudiante*. Necesitábase muy poca aprension ó muy poca inteligencia, ó ambas cosas juntas de parte del catedrático (alias empresario), para presentar á examen á un escolástico tan holgazan, y de tan mala conducta y tan escaso talento. Asi fué que el público se mostró desde luego resuelto no solo á dar calabazas al *Estudiante*, sino á reprobar al mismo profesor que le presentaba. El *Estudiante* respondió como pudo á algunas preguntas con que le apuraron los sinodales Muñoz y Romero, cargáronle de problemas indisolubles los muchachos, y le puso la *R* el *Camará*.

No contento el empresario con haber desacreditado las armas y las letras españolas con el *General* núm. 4.º y con el *Estudiante* núm. 5.º, nos obsequió con un 6.º que sobre ser tuerto como el 2.º, llevaba ademas el nombre de *Estrangero*.

—¿Tuerto y estrangero? exclamó TIRABEQUE: pido que muera de muerte canina.

Esta peticion halló un eco completo en el público, puesto que se alzó un grito unánime pidiendo perros. El presidente los otorgó tambien sin dificultad.

—Asi me gusta, españoles! exclamó mi PELEGRIN; si se hubiera hecho otro tanto con mas de cuatro estrangeros de los que han venido á mezclarse en nuestras funciones, buenas ó malas, si se les hubieran echado perros sin reparar si eran toros ó torys, tuertos ó derechos, que si no han sido tuertos, por lo menos nos han hecho mas entuertos que si lo fueran, otro sería nu esto pelo hoy dia de la fecha.

No habia concluido mi lego este discurso, cuando ya los perros estaban en la plaza, y pronto se le colgaron al *Estrangero*; sin embargo, no le sujetaron sin que antes fueran volteados y estropeados por el *Estrangero* algunos perros españoles, que por lo menos este mal es inevitable una vez admitido un extranjero á tomar parte en luchas que deben ser pura y esencialmente españolas. Pero al fin murió el *Estrangero* con la muerte mas innoble que se conoce en estas fiestas nacionales, y la vindicta pública quedó hasta cierto punto satisfecha.

Mas como de los seis que son de rigurosa ordenanza en toda corrida solo se hubieran lidiado cinco, y de ellos algunos isiados, malos todos, y de legitimo juego ninguno, el público pidió con razon otro toro, el presidente le concedió, y la empresa hubiera debido darle *motu proprio* y sin pedirsele. Pero era el caso que no habia ninguno de reserva. Y aqui comenzó una série de sucesos originales, desoidos en los anales de la Tauromaquia. Abriéronse las puertas del chisquero para mostrar al pueblo que no habia mas ganado de lidia: el público no se satisfizo con esto, é insistió en pedir otro toro. La votacion era unánime y compacta, cual no se ha visto en ninguna de las infinitas cámaras, dietas, asambleas, parlamentos, y consultas que ha habido de cinco meses á esta parte en Europa. Seguro es que solo votaba en contra *Proudhon* (es decir, el empresario), y acaso algun *Greppo* amigo suyo. En vista de tan imponente actitud, recurrióse al único espediente que habia, al de sacar de nuevo al redondel al *Sultan*, esto es, al 2.º toro, núm. 4.º de los *tuertos*, desechado antes y mandado retirar por inútil.

Cuando el público se apercibió de que el que salia de nuevo á la plaza era el *Sultan* antes con tanta justicia destronado, tomólo por un nuevo insulto, creció su indignacion, indignóse tambien el presidente, el cual ordenó y mandó que se le echaran perros sin lidiarle, y ejecutóse asi incontinenti, de manera que el presidente quiso castigar una falta y cometió una infraccion y una injusticia.

—«Esto se llama echar la tarde á perros, mi amo, me dijo mi lego.

—A perros y á gatos, PELEGRIN, le contesté; la fortuna es que ademas de merecerlo ambos por tuertos y por flojos, ninguno es español, pues el uno ya traia consigo el nombre de *Estrangero*, y el otro, en el hecho de nombrarse *Sultan*, prueba que lo es tambien, puesto que en España no hay sultanes.

—Eso es lo que yo no concederé, señor mi amo, que tales podrá haber en España, y mas de uno y de dos, que si no son sultanes en el nombre lo sean en las obras: y acaso no estén muy lejos algunos.» Nosotros estábamos debajo del palco de la presidencia.

Estando en esto volvió el público á pedir otro toro. Todavía el público estaba en su derecho, pues aunque se habia completado el número de los del presupuesto, sobre haber sido casi todos inútiles para el servicio, ó por inválidos ó por cortos de talla, los dos tuertos podrian cuando mas contarse por uno sano. ¿Mas cómo satisfacer las justas exigencias del pueblo si no habia una sola res que sirviera de fondo de reserva? El público apuraba, amenazaba una demostracion popular, desesperábase el presidente, y era de temer un conflicto; porque los españoles sufren un sistema tributario por odioso que les sea, sufren una y mas contribuciones extraordinarias, sufren uno y mas empréstitos forzosos, sufren un presupuesto de 1,500 millones, sufren cien estados de sitio, sufren que se los prenda y se los deporte, sufren que les falte la imprenta, sufren que les falten las pagas, sufren que les falten las Córtes, sufren que les falte la Constitucion, sufren que les falte gobierno, pero no sufren que les falte un toro á que tengan derecho.

En tal conflicto, ¿qué hizo el presidente, Conde de Vistahermosa, general, corregidor, y gefe superior político? Ordenó y mandó que el empresario *in pœnam tanti peccati* fuera sacado á la vergüenza en medio de la plaza. Y cuando todavía

el toro *Sultan* estaba siendo víctima de seis alanos, sin que nadie se acordara de libertarle de las penalidades de esta vida, consumando aquel sacrificio cruento, la España del siglo XIX, la España constitucional, la caballerosa España vió y permitió que un ciudadano español en el goce de sus imprescriptibles derechos atravesara la plaza rodeado de alguaciles, hecho un verdadero *Ecce homo*, espuesto á los sarcasmos y rechiflas del pueblo, y llevando en la mano las llaves del toril, emblema de la empresa, como si dijéramos la caña por cetro, fuera encerrado en el lugar en que se encierran los toros, para ser desde allí trasladado á la Gefatura política en que se presentan los hombres. «¡Oh ciudadano empresario! exclamé al verle yo FR. GERUNDIO: ¿por qué al ver á Viena tan alborotada no te has refugiado con tiempo á un Inspruck cualquiera, y te hubieras evitado este bochorno?» El pueblo en su primer entusiasmo aplaudia á rabiarse la medida infamatoria, y felicitaba con gritos y voces y todo género de demostraciones y ademanes al que la habia dictado. Hasta TIRABEQUE aplaudia al pronto diciendo: «Bien hecho, todo lo merece quien de tal manera ha engañado y faltado al público.»

—«¡Oh PELEGRIN! exclamó entonces mi paternidad reverenda: ¿qué es lo que aplaudes: *Et quod Pelegrino meo dico omnibus dico*: y lo que digo á mi PELEGRIN, os lo digo á vosotros todos: ¿qué es lo que aplaudis? ¿No veis que una medida de esta clase no la tomaria en el siglo XIX, no digo ese pobre *Sultan* por mal nombre que está pereciendo miserablemente ahí en esa plaza, sino el mismo que se sienta en el trono de Constantinopla? No negaré yo que quien al público falta tan solemnemente merezca una pena severa, y yo mismo se la impondria tal, que siendo análoga á la culpa, de seguro le habria de servir de escarmiento. ¿Pero no veis que estais aplaudiendo una pena que rechaza la civilizacion, que la razon repugna, y que la legislacion ha abolido por humillante de la dignidad del hombre?— Y tú, oh Conde de Vistahermosa, presidente, general, corregidor y gefe político de la capital de la

monarquía, ¿quién eres tú para imponer una pena que ni los mas altos tribunales de justicia podrian imponer por los mas feos y mas graves delitos? ¿No tenias otro castigo que discurrir que correspondiera mejor al pecado? ¿Por qué no le has impuesto 500, 1.000, 2.000 pesos de multa, aunque fuera haciéndolo publicar en el acto á voz de pregon para satisfaccion del pueblo? ¿Por qué no le has condenado á dar una, dos corridas gratis, ó cuyos productos, en lugar de ingresar en su bolsillo, se destináran á algun establecimiento de beneficencia, ó aunque fuera si lo preferias, á la construccion de un teatro? Asi dais lugar á que hasta los portugueses, hasta los miserables portugueses se atrevan á decir que mandan con mas humanidad y mas justicia las autoridades de Rusia y de Turquía, y que respetan mas la dignidad del hombre que las autoridades de España (1). —Y tú, oh público español, ¿qué se dirá de tí en las cortes estrangeras cuando se sepa que tú que llevas con tan heroica longanimidad que tus gobernantes te falten cada dia y te engañen cada hora en tanto y tan grande y tan solemne y tan bueno y tan lisongero como pomposamente te prometen y de justicia te deben, aplaudas ahora el que á un ciudadano que goza de la plenitud de sus derechos se le saque á la verguenza, ¿por qué? porque te ha dado una mala corrida de toros, y por que trajo seis reses en lugar de siete? Dirán que no parece sino que para tí la salud de la patria consiste en un toro mas ó un toro menos.»

Por entonces ni el presidente ni el público oían mis razo-

(1) El diario *A Revolução de setembro* decia con fecha del 19:

«Em Hespanha já nao ha leis, nem tribunaes, nem corpos do estado, nem direitos, nem obrigações. O governo da Russia é temperado mas efficaçmente pe los principios da justiça, e inspirado por idéas mais elevadas, e respeita melhor os direitos e a dignidade do homem. Na Turquia os novos homens d' estado instruidos nas melhores escolas da civilisação, sobranceiros ás superstições do seu nascimento, teem tornado branda, humana, e providente a auctoridade do sultao, e ennegressem o reinado de Isabel II.»

nes, porque uno y otro estaban acalorados. Pero es de esperar que ahora que estarán ya mas serenos las oirán, y que el presidente conocerá lo mal que obró en el calor de la improvisacion, y no lo volverá á hacer, y que el público comprenderá lo mal que por su parte aplaudió, y no lo volverá á hacer tampoco, y que al empresario, aunque duramente tratado, le servirá la leccioncita de escarmiento, y procurará en lo sucesivo *complacer al público por cuantos medios estén á su alcance*, no en el Diario de Avisos, sino en la plaza, y que los toros navarros, si otra vez se lidian, volverán por el honor del pais, y que cuando se anuncie con pompa otra corrida extraordinaria no tengamos que decir lo que hace quince dias dijimos de la revolucion de Irlanda: *«parturient montes, nascetur ridiculus mus.»*

CESION EN FAVOR DEL ESTADO.

—«Mira, PELEGRIN, le dije á mi lego; no quisiera equivocarme; pero yo supongo que sigues abrigando los mismos sentimientos generosos, el mismo desprendimiento patriótico que antes te habia hecho acreedor á mi estimacion y aprecio, á pesar de algunas faltillas y flaquezas propias de tu índole y genialidad, que sabes he estado siempre dispuesto á disimularte en gracia de la honradez y buen fondo de tu corazon.

—Señor, bien puede vd. estar seguro de ello, y bien puede vd. vanagloriarse de que en medio de tantas variedades y variaciones, y de tantas mudanzas y revueltas como están sufriendo todas las cosas y todos los hombres, tiene vd. un lego que se mantiene invariable y firme como una roca en medio de los mares. Y ahora dígame vd. qué es lo que quiere significarme con ese preámbulo ó exordio.

—Quiero significarte, PELEGRIN, que cuando la patria se

encuentra en un estado de penuria y ahogo tal que les es imposible á sus gobernantes levantar las cargas públicas, todos los buenos ciudadanos, en cuyo número te cuento á ti, deben hacer un sacrificio espontáneo de alguna parte de sus intereses, á fin de ayudar á los encargados de la administración á salir de sus apuros y ahogos.

—Así debe ser, señor; y diga vd. qué es lo que pretende de mí, que yo contestaré lo que me parezca.

—Pues bien; no ignoras que este es el caso en que se encuentra hoy nuestra España, y que la penuria es tal que mas no puede ser; y la mayor prueba de ello es que hace 20 dias que ha sido nombrado ministro de Hacienda el hermano don Alejandro Mon, que es para los hombres de la situación, y tambien para sí mismo, en lo que pertenece á las cosas de hacienda, como si dijéramos Alejandro Magno en lo perteneciente á la guerra, y por mas que discurre, y medita, y cabila, y revuelve y se debana los sesos, y celebra juntas é inventa planes y forma proyectos, todavía parece que no ha podido topar con el medio de mejorar el tesoro, y los apuros siguen, si es que no crecen, y las necesidades continúan, si es que no se aumentan.

—Perdone vd., mi amo, que no son esas las noticias que corren; antes tengo entendido que está arreglando un plan de hacienda que no hay mas que pedir, y con el cual saldremos de ahogos de una vez, y ha de sobrar dinero para atender á todas las obligaciones, y aun hará subir el crédito por las nubes, y pondrá los billetes á la par, y hará otras mil maravillas; y todo esto lo creo si el plan es tal como á mí me han informado, que si es así, me parece que no puede ser mas magnífico. Pues dicen que consiste en pegar un buen tajo á los sueldos de los empleados, dejando por ejemplo ocho al que tiene doce, doce al que tiene diez y seis, veinte al que tiene treinta, cuarenta al que tiene sesenta, ó rebajar un 10 por % á todos, cercenar algunas pagas á las clases activas y pasivas, tomar algunos millones en empréstito....

—No creas por Dios tales absurdos, PELEGRIN; ese sería un plan de administracion propio de un lego como tú, no que de una cabeza rentística como la suya. Ciertamente que pueden y deben hacerse economías no despreciables en los sueldos de muchos altos empleados, y mas todavia en la supresion de muchas oficinas supérfluas, lo cual debe ser, no un plan, sino una partícula de un buen sistema de administracion: pero sacar mucho, pedir otro poco, quitar á todos, y no pagar á nadie, sería ciertamente un medio muy sencillo y un camino muy breve de hacerse pronto con recursos sobradamente abundantes, y tanto que no sabria que hacer de ellos. Asi, pues, PELEGRIN, dejando aparte estas voces, y suponiendo para no engañarnos que no habremos de estar mucho mas medrados con Alejandro Magno que lo estábamos con Orlando el Furioso y con Beltran de la Cueva, último triunvirato administrativo que hemos tenido, de aqui la necesidad que yo veo de que ayudemos todos al hermano Mon á salir de la situacion angustiosa en que se halla.

—En que se halla la nacion querrá vd. decir, mi amo, que lo que hace á él, tengo para mí que no debe estar muy angustiado. Y ahora dígame vd. qué es lo que podré hacer yo para ayudar á salir de estos ahogos.

—He pensado, PELEGRIN, contando, como te dije al principio, con tu generoso desprendimiento, y dándote yo el ejemplo como es natural y justo, que cedamos en beneficio del tesoro todos los atrasos que el gobierno nos es en deber por nuestras pensiones de exclaustros, de las cuales sabes bien que no hemos cobrado un solo maravedí en los doce años que hace que salimos del convento, y que reunidas forman ya una no despreciable suma.

—Figurábame yo, mi amo, que habia vd. de venir á parar á esto con sus indirectas; y aunque no estaba hoy preparado para contestar á la proposicion, le diré á vd. con franqueza lo que al pronto se me discurre. Señor, si yo viera que los apuros del Tesoro provenian de algunas calamidades y contratiempos ine-

vitables de aquellos que pueden suceder á las naciones como á los individuos, pondria yo de buena gana mi pobreza á la disposicion del gobierno, y le diria: «ahí tiene vd. mis atrasos de lego, y ademas lo poco que yo me he podido agenciar en el mundo: ahí está, y disponga vd. hasta donde alcance del tantí cuantí que ello monta.» Pero como sé y me consta que los apuros provienen del despilfarro y de otras cosas peores que el señor Inciso no me permitiria nombrar con los nombres propios que ellas tienen, por eso me cierro a la banda y digo, que vd. podrá hacer de lo suyo lo que se le ofrezca y parezca, que en esto yo no me meto, ni quiero quitar la buena voluntad á nadie; pero lo que hace á lo mio, estoy resuelto á no perdonar ni un maí. Y aun si supiera que habia de servir para socorrer alguna pobre viuda ó algun eclesiástico vergonzante ó cosa asi, bien ido fuera y por bien empleado lo daría; pero no sino ceda yo mis atrasos, y que nombren luego un nuevo general, y que sepa yo que por lo menos aquellos antorchados que lleva en la casaca han salido de la pension que debian haber pagado á TIRABEQUE ó á otro pobre lego, ó que acaso viene á parar en otros usos menos honestos. No señor, no cedo ni un ochavo de vellon.

—Pero hombre, y la satisfaccion de leer luego y de saber que todo el mundo lee en la Gaceta: «El R. P. FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS y su lego FR. PELEGRIN TIRABEQUE han cedido en beneficio del Tesoro todos los atrasos que se les adeudan por sus pensiones de exclaustros. S. M. ha visto con agrado este rasgo de generoso desprendimiento, y se ha dignado resolver que se den las gracias en su Real nombre á su Paternidad Reverenda y á su buen lego, y que se publique en el periódico oficial.»

Así ves que cada dia viene en la Gaceta tal cesion que hace un juez, ó un intendente, ó gefe político ú otro empleado mas subalterno, de una mensualidad de sus atrasos, y por solo el sacrificio de ceder una mensualidad de las que suponen que no habian de cobrar nunca, tienen el gusto de que se publique

y elogie oficialmente su patriótico desprendimiento, y aun de que se añada: «Y que se haga constar en el expediente del mismo, á fin de que le sirva de mérito para sus ascensos en la carrera.»

—Señor, ahí está el toque, y eso es lo que yo entiendo que vienen buscando; y aun tengo para mí que algunos de ellos han de ser una especie de memoriales disimulados puestos de acuerdo y acaso por consejo del ministro del ramo, que desea que den á conocer y hagan sonar su nombre para que no disuene el ascensillo que piensa darles: y así no es maravilla que cedan una mensualidad á trueque de ganar un ascenso, que nada se pierde en el cambio. Pero como yo no es pero ascensos del gobierno ni los quiero tampoco, por eso ni le cedo un quilate, ni le pido tampoco mas de lo que en justicia me debe.

—Mira, PELEGRIN, hazte cargo que será de muy mal efecto y no favorecerá nada á tu buena fama y opinion el ver que te separas de tu amo precisamente cuando se trata de aliviar al tesoro: házlo por tí siquiera, ya que por mí no lo hagas.

—Pues señor, una vez que tanto es el empeño de vd., desde este momento cedo en favor del tesoro, no solamente los atrasos que se me adeudan de mi pension de lego exclaustrado, sino todo lo que por igual concepto tuviera derecho á percibir en lo sucesivo: no quiero nada del tesoro. Con esto veré si sigue despilfarrándose; así veré en qué se emplean los atrasos que se deben á los pobres; así estaré mejor á la vista de la cuenta que el hermano Mon dará de las rentas del estado y de la hacienda del prógimo. Y ahora venga cuando quiera ese arreglo, que aquí estamos para juzgarle á nuestro modo, pero con la independencia de un cesionario que no tiene en ello el mas mínimo interés personal, porque no quiere nada para sí.

—Eso está bien, PELEGRIN; y espero que á la independencia unirás la imparcialidad y la justicia.

—Cuente vd. con ella, señor. Y si antes he sabido acreditarlas ¿qué será ahora?»

SEGURIDAD DE LA REPÚBLICA.

La guardia de la Asamblea nacional habia sido reforzada el 20. En el patio interior del palacio se habian construido á prevención barricadas en toda regla. La guardia marina habia pasado la noche en el jardin. Numerosas piezas de artillería protegian las afueras del santuario de la república de la fraternidad. Quinientos mil cartuchos se habian depositado en las Tullerías, y muchos mas se habian distribuido en otros diferentes depósitos. Los dragones del cuartel de Orsay tenian orden de estar prontos á montar á caballo á la primera señal, y los batallones de la guardia movilizada acampaban en los boulevards, en los campos Eliseos y en la Bastilla. Terrible era el aparato militar que presentaba París.

El general Lamoriciere se paseaba delante del peristilo de la cámara, y se hacia dar cuenta por momentos de las disposiciones tomadas por el general Dulac.

¿Qué nuevo peligro, decia yo FR. GERUNDIO, amenazará á una ciudad defendida por cien mil guardias nacionales y por cincuenta mil hombres de tropa? Formidable debe ser la conspiracion que se teme sin duda haya de estallar contra la seguridad de la República, que yo creia ya indestructiblemente afianzada despues de los sucesos de junio.

Mas luego supe que no eran escesivas todas aquellas imponentes precauciones. Tratábase nada menos que de contrarrestar una demostracion femenina. Un grupo respetable de ciudadanas no muy respetables se habia organizado en el arrabal de San Antonio, y trataba, en uso del derecho de reunion y de peticion que les ha de conceder la Constitucion que ha de regir la república, trataba digo, de llevar *en cuerpo* á la Asamblea una peticion en favor de los presos y deportados por los sucesos de junio. La patria se creyó en peligro, y por esto se desplegó aquel aparato de fuerza militar. Verdad es que se temia que á

las mugeres las siguieran los hombres; y esto era muy natural, porque si tal no hubiera sucedido, seria la primera vez que los hombres no siguieran á las mugeres, si bien tampoco seria extraño que aquellas mugeres fueran de las que siguen á los hombres, y no son las menos temibles.

Por fortuna no hubo nada: el prefecto de policía se presentó en el lugar de la reunion, arengó á aquellas sabinas, les hizo entender que su proyecto era anti-parlamentario, y pudo hacerlas desistir, si bien las mas resueltas llegaron á las cinco de la tarde hasta la plaza de Borgoña: pero la República se salvó. Sin embargo, aquella noche y la del 21 se hicieron numerosas prisiones.

El 22 se pasó el dia sin novedad. La Asamblea habia funcionado, aunque rodeado el palacio nacional de tropa. La República seguia viviendo: *las mugeres habian estado tranquilas*

CUENTAS Y ECONOMÍAS REPUBLICANAS.

Muy hueco se me presentó hoy TIRABEQUE por haber recibido una carta de París, nada menos que del director en jefe del *Monitor del Ejército*, con fecha 17 de agosto, en que le decia:

«Monsieur TIRABEQUE: el ministro de la Guerra de la República me encarga decirlo, que ha visto las palabras que dirigisteis al general Cavaignac, en la pág. 317 del tomo 1.^o de la REVISTA EUROPEA, en que le deciais: «Si viese vd. que faltaban generales para la república, de aquí le podríamos mandar á vd. 300 ó 400 que nos sobran, y que no sabemos qué hacer de ellos.» El ciudadano ministro de la Guerra me recomienda, Monsieur TIRABEQUE, que os dé las gracias por vuestro ofrecimiento en su nombre y en el de la República, pero que os diga que no los necesita, pues la República no se descuida tampoco en surtir de generales, en lo cual vereis que los ministros del gobierno republicano van imitando el ejemplo de los ministros de España. Y para que os certifiqueis de esta verdad, tengo el honor de remitiros de su orden el adjunto estado de las promociones que se han hecho en el ejército de la República desde el 24 de febrero hasta la fecha, tal como consta oficialmente del *Moniteur*.

Se han hecho. . . .	27	generales de division.
Se han hecho. . . .	44	generales de brigada.
Se han hecho. . . .	80	coroneles.
Se han hecho. . . .	92	tenientes coroneles.
Se han hecho. . . .	150	gefes de batallon ó escuadron.
Se han hecho. . . .	665	capitanes.
Se han hecho. . . .	1000	tenientes.
Se han hecho. . . .	1530	sub-tenientes.
TOTAL. . . .	3568	promociones en menos de seis meses.

Puedo aseguraros que bajo ningun régimen se han dado en Francia tantos ascensos en tan corto tiempo, y mucho menos en un periodo de paz.

«Soy, Monsieur TIRABEQUE, vuestro servidor mas obligado.—El director del *Moniteur de l' Armée*.—M. D.»

—Y bien, PELEGRIN, ¿qué piensas tú contestarle?

—Señor, yo cuatro palabras sencillas no mas, dándole las gracias por el aviso, y diciéndole: «pues bien, sírvase vd. decir al gobierno republicano, que siga por ese camino, y ya verá qué pelo echa la República, y sino no tiene mas que mirarse en nuestro espejo.»

—Eso me parece bien, PELEGRIN.

—Señor, no estrañará vd. que esté algo vanidoso de mi correspondencia, que podrá ser que no la tenga vd. ni tan directa ni tan honrosa, siendo mi amo y mi gefe.

—En cuanto á lo de honrosa no te lo disputaré: en cuanto á directa, precisamente acabo de recibir carta de uno de los representantes de la Asamblea nacional, Mr. Creton, que te leeré, ya que tú me has franqueado la tuya.

«Mr. Fr. GERUNDIO (me dice): acabo de salir de la sesion de la Asamblea, y vengo bastante incomodado. Por mas esfuerzos que he hecho, por mas que he provocado á los ciudadanos miembros del gobierno provisional de la república, á que den cuenta de la inversion de aquellos 167 millones de francos, ó sean 668 millones de vuestros rs. españoles, que gastaron en dos meses y medio, como vos dijisteis muy esactamente en la pág. 253 de vuestra REVISTA, no me ha sido posible lograrlo. Estos ciudadanos se niegan rebeldemente á rendir cuentas. Ya se les habian hecho diferentes provocaciones, todas sin efecto. Conozco que hoy he perdido algo los estribos; pues para comprometerlos les he dicho que los fondos de la República no habian sido empleados ni útil ni lealmente, que habian sido malversados, que el dinero de la República se habia invertido en pagar revoluciones, y que con él se habia subvencionado á ciertas aves de rapiña que se habian enviado á los departamentos con poderes estraordinarios del gobierno etc. etc. Nada sin embargo me ha bastado, Monsieur Fr. GERUNDIO. El gobierno provisional de la República ha gastado mucho, y no hay medio de hacerle dar cuentas de su administracion.

«Por eso me tomo la libertad de dirigirme á vos, Mr. Fr. GERUNDIO,

á fin de que os sirvais decirme, de qué medios os valeis en España para hacer que vuestros ministros den cuentas á la nacion, que yo los emplearé tambien muy gustoso.

«Recibid, Mr. FR. GERUNDIO, las seguridades de mi consideracion y respeto.—E. Creton.»

—«Señor, ¿y qué piensa vd. contestar al hermano Creton?

—¿Qué le dirias tú, PELEGRIN?

—Señor, yo le diria á mi modo y manera: «Mi amigo Monsieur y dueño: á buena parte viene vd. con el recado. Cabalmente igual trabajo que le pasa á vd. con el gobierno de la República nos está pasando á nosotros hace una porrada de años con los ministros de acá. Para consumir millonadas, *tres volontiers, mona-mi*, pero eso de dar cuentas, *puan du tú, Monsiur*: ni á tiros. Y asi pienso que debe haber sido una equivocacion de vd. el dirigirse á mí consultándome sobre lo que se hace por acá para obligar á los ministros á dar cuentas. Si quiere vd. que le diga la verdad, aqui á fuerza de predicar en desierto y perder sermones nos vamos echando ya con la carga, pues como es un mal tan añejo, casi casi nos vamos ya connaturalizando con él. Lo que yo estraño, Monsieur, es que les suceda á vds. este trabajo con el gobierno de la República. Ha de saber vd., Señor Creton, que no me sonaha á mí muy mal lo que contaban de la República, que decian que era una cosa tan provechosa y tan guapa; pero cuando veo que los ministros de la República derrochan mucho y no quieren dar cuentas de nada al modo de los de acá, cuando veo que hacen generales á granél como los de acá, que ponen estados de sitio como los de acá, que prenden y echan á las islas del otro mundo como los de acá, que suspenden periódicos cuando se les antoja como los de acá, que recogen hasta los manuscritos, cosa que todavía no han hecho los de acá, y que *plus minusve* los ministros de la República hacen allá lo mismo que los ministros de la Reina hacen acá, crea vd. firmamente, señor Monsieur mi dueño, que si esto es la República y tales son las economías y las cuentas republicanas, el diablo me lleve si no podiamos jugar á pares y nones lo de acá y lo de allá.»

—¿Qué le va pareciendo á vd., mi amo?

—Que hay, como en todas tus cosas, PELEGRIN, una mezcla de atrevido, de racional y de exagerado, que no podria yo darlo curso aunque quisiera.

—¿Pues qué le va vd. á contestar, señor?

—Lo meditaré, PELEGRIN, y lo verás á su tiempo. Pero lo

que puedo asegurarte es que, aun cuando en el fondo convenga en mucha parte contigo, yo no podria usar con Mr. Creton ese language brusco y desenfadado y semirústico que tú estilas, y que solo puede pasar en un lego. El es un representante, y como tal hay que hablarle en un estilo mas digno, mas comedido y mas parlamentario.

—Pues yo le digo á vd., señor mi amo, que si de algo peca el language de mi proyecto de carta es de ser por demas parlamentario y pulcro; que algo mas rústico y mas porsáico sería si yo fuera á imitar el language parlamentario de los ingleses

—En esa parte has de perdonar, PELEGRIN: precisamente has ido á poner la boca en los ingleses, que son el tipo del comedimiento y de la delicadeza, y de la finura y decoro en el hablar.

—Si señor, sí; y en prueba de ello no hay mas que leer el discurso del coronel Libthorpe en la sesion del 18, de la cámara de los Comunes, que como le dieran aplausos irónicos en los bancos de la mayoría les dijo con mucha delicadeza y decoro, y con mucho comedimiento y finura: «Estoy tan acostumbrado á oír pasando por un camino *los graznidos de los gansos y los rebuznos de los burros*, que no me incomoda el ruido con que los miserables que se sientan alli en frente me atacan.» Y como el presidente le dijera que no debia tratar de aquella manera á los individuos de la Cámara, replicó él. «Los que gritan son los que están esperando alguna gracia del noble lord; pero como yo no le pido nada, no tengo empacho en decir lo que pienso. El bill es una medida *baja y sucia*, indigna del noble lord como hombre, como cristiano y como legislador.»

—Cierto, PELEGRIN, que el language del diputado inglés no es gran cosa parlamentario: pero esto es una escepcion:

—Señor, tambien yo soy una excepcion en mi género, y asi con todo he estado algo mas comedido con el representante francés. Con que no sea vd. tonto, conteste vd. eso que yo le he dictado acerca de la conducta del gobierno de la República, y dé gracias á que se lo digo con toda finura y delicadeza.

—Pues bien, PELEGRIN, ya he oido tu parecer; ahora á mí me toca contestarle otro dia en los términos que me parezca conveniente.»